

*Viajes por el Noroeste de España
de Enrique Gil y Carrasco
por Ávida Ares*



1. Introducción al costumbrismo romántico en el siglo XIX



Los artículos que tenemos el placer de presentarles en esta nueva edición de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, que conmemora el segundo centenario del nacimiento del escritor leonés, se incluyen en el género literario denominado *costumbrismo*, término con el cual se designa un modo específico de describir la realidad que surge en las letras europeas en el siglo XVIII como subgénero del romanticismo. El costumbrismo nace del interés de los románticos por estudiar al individuo en todos sus aspectos, desde el psicológico hasta el social, y si bien deriva de la corriente literaria realista precedente y como aquella pone el énfasis en la descripción detallada del entorno social, se diferencia en que ahora este interesa no tanto en sí mismo sino en cuanto condiciona el carácter y las acciones de los individuos, y desde este prisma constituye una de las bases fundamentales de la estética romántica moderna.

Para José Escobar¹, la novedad del costumbrismo estriba en que lo local o circunstancial se reconozca digno de ser tratado como materia literaria, frente al concepto tradicional de que la literatura debía imitar a la Naturaleza, entendida como una idea abstracta y universal, no

¹ Escobar Arronis, *Literatura de lo que pasa entre nosotros*. 1994, pp. 193-206.



determinada ni por el espacio ni por el tiempo. Se trata de la oposición tradicional entre clasicismo y romanticismo que sostienen autores como Leopardi y que se funda en la descripción de la naturaleza por parte de los clásicos y del hombre por parte de los románticos². Así lo interpretaban autores de la época, entre los que se encuentra Donoso Cortés: “Aquéllos [los clásicos] sólo conocían los objetos exteriores [...], éstos [los románticos] sólo meditaron sobre el hombre”³. Sin embargo, muchos críticos, como el mismo Escobar, rehúsan una distinción tan drástica, considerando que en España ambas corrientes, *costumbrismo* y *romanticismo*, compartían el interés por las tradiciones y costumbres nacionales, si bien los costumbristas se diferenciaban de los románticos en que pretendían un análisis más objetivo o científico de la realidad y se oponían a las que consideraban extravagancias expresivas y conceptuales de carácter subjetivo de los románticos⁴. En esta línea de rechazo de las extravagancias se manifestaron autores como Gertrudis Gómez de Avellaneda que contraponía la “invención visionaria” del poeta romántico con “la copia fiel de la realidad” del escritor de costumbres⁵.

El origen de esa nueva concepción de la literatura de costumbres, tal como admite el mismo Larra, hay que situarlo en Inglaterra a partir de la publicación de *El Espectador* (1711-1712) de Addison; de allí pasó a Francia y posteriormente a España. Con el término *costumbre* se hace referencia a cualquier forma de comportamiento del hombre en la sociedad, por lo que, en principio, esta corriente suscitó el interés hacia todos aquellos aspectos particulares de comportamiento y hábitos de un determinado país. No obstante, un uso más restringido y nacional del

² Larra en su reseña a la obra de G. Leopardi [*Panorama Matritense*, en BAE, CXXVIII, p. 239 b] recoge la teoría expuesta por el autor italiano en *Discorso di un Italiano intorno alla poesia romantica*, publicado en *Diario d'amore*, Milano, Sonzogno, 1939, pp. 142-43.

³ *Discurso de apertura en Cáceres*, 1829, *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1946, p. 31.

⁴ J. Escobar, *Costumbrismo: estado de la cuestión*, 1996, pp. 117-126.

⁵ Véase J. Escobar, *Narración, descripción y mimesis en el cuadro de costumbres: Gertrudis Gómez de Avellaneda y Ramón de Mesonero Romanos*, 1985, pp. 53-60 y *La mimesis costumbrista*, 1988, pp. 261-70. Véase también Leonardo Romero Tobar, *Mesonero Romanos: entre costumbrismo y novela*, 1983, pp. 243-59.



costumbrismo se vio favorecido por otro aspecto entre los más destacados del movimiento romántico: la búsqueda del espíritu nacional o popular, el *Volksgeist*, que fue uno de los temas que, a través de Herder, el romanticismo alemán difundió en toda Europa y que constituyó el acicate de numerosas publicaciones de los años treinta y cuarenta en las que ingleses, alemanes, franceses y españoles se describían, se “pintaban”⁶ a sí mismos, es decir, su modo de ser, sus costumbres.

Según críticos como José Luis Varela⁷, es desde esta perspectiva desde la que el costumbrismo se revela como fruto del romanticismo, un romanticismo que dirige la atención hacia lo peculiar o indígena, ya que en lo autóctono e incontaminado adivinaba lo singular de cada país o región. Por otra parte, conviene recordar, como advierte Ermanno Caldera⁸, que en la base de esa búsqueda del *Volksgeist* se revelaba un marcado sentimiento patriótico que diferencia a los románticos de los ilustrados y clasicistas, más orientados hacia el cosmopolitismo, y que en España encontró algunas de sus manifestaciones más acusadas precisamente entre autores costumbristas preocupados por la salvaguardia de las esencias nacionales y admiradores incondicionales de su propio país, como Estébanez Calderón, para el cual se identifica “lo español y lo grande” o Fernán Caballero, que eleva himnos a la grandeza de España.

Otro de los motivos que impulsó al costumbrismo español, y que guarda estrecha relación con el anterior, fue el deseo de rebatir los prejuicios infundados que abundaban sobre los españoles en los relatos de viaje de autores extranjeros, sobre todo franceses e ingleses. Exageraciones y tergiversaciones no siempre románticas y desinteresadas, que contribuyeron a configurar una España inventada de la que han perdurado tópicos en el imaginario del extranjero medio europeo incluso hasta nuestros días. De ahí la necesidad de revistas en

⁶ El término *pintoresco* fue empleado por primera vez por Giorgio Vasari en sus *Vite* (1550), donde utiliza “alla pittoresca” para significar un paisaje, un objeto, una escena, que es capaz de producir nuevos efectos en el terreno pictórico, ‘algo digno de ser pintado’.

⁷ J. L. Varela, Introducción a *Costumbrismo romántico*, 1970, p.7.

⁸ Véase Ermanno Caldera, *La vocación costumbrista de los románticos*, 1996, 45-52.



las que los españoles “se pintaran a sí mismos”, por considerar que la visión de los extranjeros era fruto de su ignorancia y, a la vez, del olvido en que se habían tenido las tradiciones españolas en la propia patria a causa de las revoluciones que había sufrido el país y de modas cosmopolitas impuestas por los ilustrados que se habían volcado hacia el exterior elogiando las innovaciones, sin apreciar los valores positivos del propio pasado. En la introducción que encabeza la obra *Los Españoles pintados por sí mismos* se puede leer:

Y aquí encajaba como de molde una sentida lamentación acerca de nuestras viejas costumbres, tan trocadas, tan desconocidas hoy, merced no sólo a las revoluciones y trastornos políticos, [...] sino también al espíritu de extranjerismo que hace años nos avasalla, y que nos hace abandonar desde el vestido hasta el carácter puro español por el carácter y vestido de otras naciones, a las cuales pagamos el tributo más oneroso: el de la primitiva nacionalidad⁹.

La reacción adopta a veces un tono nostálgico que impregna gran parte de los escritos costumbristas, sobre todo los de Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y Fernán Caballero, los cuales incluso llegan a manifestar su disgusto por algunos adelantos de la civilización. Como advierte Caldera en tono irónico: “Si Mesonero echa de menos el viejo brasero y desprecia la chimenea, no falta quien, como el autor de la *Miscelánea crítica* del *Correo Literario y Mercantil*, alabe las edades pasadas en que no se usaba el paraguas, y se pregunte preocupado: “¿Qué suerte espera a una nación que se pone a temblar al asomarse una nube?”¹⁰. Lo cual en realidad era solo una manera de abogar por el romanticismo en la polémica entre clásicos y románticos, ya que según una célebre viñeta del *Semanario Pintoresco Español* titulada *Un clásico y un romántico cuando llueve*, el paraguas se interpretaba como un complemento propio de los clasicistas o ilustrados.

Por último hay que destacar la importancia que tuvo para la propagación y el éxito de la literatura de costumbres el desarrollo de las

⁹ *Los Españoles pintados por sí mismos*, 1843. Dossat, 1992, p. 3.

¹⁰ *Los paraguas*, artículo anónimo en *Correo Literario y Mercantil* del 29-10-1828, núm. 47, p. 3. *Op. cit.* en Caldera, 1996.



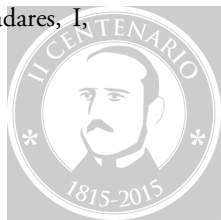
publicaciones periódicas como técnica editorial innovadora. La prensa periódica representa la gran novedad literaria del siglo XVIII. Como bien hace notar Escobar, es la disposición misma del periódico para captar la circunstancia, lo transitorio, la variabilidad del punto de vista, lo que permite formalmente el auge de la literatura de costumbres. En la introducción del periódico madrileño *El Pensador*, José Clavijo y Fajardo, presentando su proyecto literario a los lectores, expresaba ya lo que constituía la novedad del costumbrismo:

Razón será que antes de informarnos por la *Gaceta* de las guerras, de las alianzas y demás en que se interesa la curiosidad, volvamos los ojos y nos informemos de lo que pasa entre nosotros y en nuestros mismos interiores¹¹.

En este ambiente surge la obra costumbrista de Gil y Carrasco, que comparte las preocupaciones de sus contemporáneos, pero ahonda en ciertos aspectos que habían sido más descuidados por ellos: las costumbres, la historia y el carácter de los pueblos de montaña del Noroeste español.



¹¹ Clavijo y Fajardo, J., 1762, *El Pensador*, por don Joseph Álvarez y Valladares, I, Madrid, Ibarra, *Introducción*, pp. 10-11.



2. El costumbrismo romántico de Gil y Carrasco

12

“Viajar conservando siempre una visión rigurosa y a la vez exaltada del mundo”.

ALEXANDER VON HUMBOLDT, 1769-1859.

Gil y Carrasco concilió las tendencias principales del costumbrismo ilustrado y del romanticismo, mostrando en sus artículos los puntos de contacto que existían entre ambas corrientes, si bien situándose entre los románticos, como él mismo declara en uno de sus artículos de crítica literaria, *Poetas de D. José Zorrilla*, refiriéndose a las polémicas entre clásicos y románticos:

Así que, nosotros aceptamos del clasicismo el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época, sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración, y del romanticismo aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones¹³.

Estas afirmaciones concuerdan con las doctrinas de Schiller, el poeta filósofo que cita Gil a menudo en su obra, quien defendía que hay que acabar con la escisión entre la razón y la sensibilidad, apelar a un corazón capaz de sentir todo su poder, que tome en cuenta tanto *sentimientos* como principios, tanto a la sensibilidad como a la razón, y que logre una armonía entre ambos¹⁴.

Los artículos de viajes y costumbres son la parte de su producción menos conocida y también una de las menos estudiadas, a pesar de tener una presencia constante en su obra. De hecho, Gil escribió no solo artículos de costumbres en el sentido estricto del término, sino también artículos de viaje y sobre monumentos que nos transmiten su visión del

¹² Denominamos el epígrafe con el título del excelente estudio de R. Espejo Saavedra [*Bulletin of Spanish Studies*, 2008], que citamos con frecuencia en este apartado.

¹³ En *Obras completas*, pp. 481-482. En BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, VOL. IV, *Crítica literaria*.

¹⁴ Gil cita a Schiller en *El segador*, p. 117.



mundo y constituyen un testimonio de las tradiciones culturales y de la riqueza monumental de algunas de las regiones del Norte, sobre todo de León.

Uno de sus objetivos, que comparte con muchos compatriotas como Mesonero Romanos, es el deseo de corregir la falsa impresión del país dada por los escritores extranjeros, ya que siente rechazo por las descripciones grotescas que se hacían en esos libros sobre los españoles. Sentimiento que perdurará aún en el siglo siguiente y que dará pie a libros reivindicativos como el de Julián Juderías, *La leyenda negra*¹⁵.

En el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, Gil denomina “una plaga” los “extraños juicios” que fuera de los confines se forman los extranjeros de los usos, costumbres, cultura y artes españoles. Ello explica que contribuyera con sus artículos a desmentir tales juicios en revistas como el *Semanario Pintoresco Español* o en *Los españoles pintados por sí mismos*. Pero la visión de Gil sobre el carácter de los pueblos de España y de sus costumbres difiere no solo de la de los extranjeros, sino incluso de la de muchos de los colaboradores del propio *Semanario Pintoresco*, ya que, al contrario de estos, él admite también las culpas de los propios españoles, que son los primeros que minusvaloran las riquezas del Norte país, sobre todo en lo que concierne a historia y tradiciones rurales.

Además de los artículos de viajes y costumbres, Gil escribió artículos de crítica literaria, entre los que se encuentran dos amplias recensiones de libros de viaje¹⁶, uno de M. Fernández Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos pertenecientes a la historia de la marina castellana, y de los descubrimientos españoles en Indias* (1825-1837) y otro de S. E. Coock, *Bosquejos de España* (1844)¹⁷. En este último, del que hace una extensa y elogiosa reseña, expone sus ideas sobre la literatura

¹⁵ Juderías, 1914, p. 24.

¹⁶ Véase a este propósito el estudio de J. A. Carro Celada, *Un viajero llamado Gil y Carrasco*, en *Viaje a una provincia del interior*, vol. III de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO [publicado originalmente en *Tierras de León: Revista de la Diputación Provincial*, vol. 23, núm. 50].

¹⁷ Las reseñas aparecieron en *El Laberinto*, tomo I, núm. 10, 11 y 12, 16 de marzo; 1 y 16 de abril de 1844. Vid. *Obras completas*, pp. 550-568 y vol. V. *Miscelánea* de BGC.



de viajes y costumbres extranjera, que en general reivindica como instructiva, ya que opina que “a veces los afectos o el amor a la patria nos ciegan y no nos dejan ver objetivamente nuestro entorno, y por tanto conviene contrastar nuestras impresiones con las de otras personas cuyo criterio no esté empañado por esos sentimientos”. No obstante, previene contra los viajeros que llegan con ideas preconcebidas y formulan juicios precipitados y superficiales; critica a los autores que tergiversan los hechos históricos por cuestiones políticas, como hacen Napier, Londonderry y Aberdeen en relación a la guerra de la Independencia, y lamenta que los franceses, entre los que señala a Chateaubriand, George Sand o Théophile Gautier, critiquen de continuo a los españoles por la diferencia de carácter, hábitos y moral:

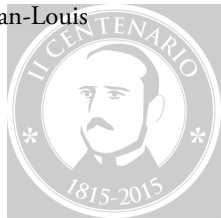
Hasta ahora no ha llegado a nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo de los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja a las preocupaciones, que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción, abraza contra nosotros¹⁸.

Un viajero que se precie, afirma, debería llevar por guía de sus indagaciones “la imparcialidad del filósofo y la benevolencia, que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración”. De Cook alaba su imparcialidad, la rigurosidad de sus estudios y la exactitud de sus ideas, sintetizando así las cualidades que más admira en un buen escritor de libros de viajes. Ricardo Gullón, refiriéndose a los artículos de viajes y de costumbres de Gil, destaca como una constante de su espíritu la curiosidad y la vocación de buen viajero: “Gil se acercaba a los pueblos con la actitud del antropólogo e investigador que desea mostrar las cosas tal cual son en la realidad”¹⁹.

Si bien sea cierto en buena parte lo que afirma Gullón y encontremos en sus artículos muchos datos científicos y curiosos acerca de los pueblos que describe, hay que matizar dicha afirmación, ya que la disposición del viajero al emprender el viaje había ido cambiando, y en

¹⁸ *Obras completas*, p. 552.

¹⁹ Véase Ricardo Gullón, *Cisne sin lago*, 1989, p. 95. Véanse también Michael Iarocci, *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, 1999, pp. 112-20, y Jean-Louis Picoche, *Un romántico español*, 1978, pp. 194-216.



la época de Gil y Carrasco el viajero se enfrentaba a las experiencias que el camino le tenía reservadas no tanto con una curiosidad científica, sino con una nueva sensibilidad romántica. Gil y Carrasco en varias ocasiones quiere dejar constancia de ello, marcando así distancias con los ilustrados. En *Los maragatos*, después de disertar sobre los orígenes del gentilicio, comenta en tono irónico: “Hasta aquí nos es lícito contentar la curiosidad de los *anticuarios*”²⁰. En *Los montañeses de León* confía al destinatario ficticio de su carta: “Ya sabes que mi viaje es más poético que científico, y por lo tanto, solo esperarás noticias generales en cuanto a sus producciones, etc.”²¹. También en *Los asturianos* refiriéndose a los datos geográficos: “como cumple a mi propósito, y no escribo un artículo geográfico y estadístico, sino una carta a un amigo, no me he parado en *pequeñeces*”²². Pero, al mismo tiempo, quiere dejar claro que su mirada no es superficial, sino reflexiva, y al hablar de la *danza prima*, hace la siguiente observación:

A los ojos de un observador frívolo y ligero, poca o ninguna gracia puede haber en un espectáculo tan igual y poco variado, pero un hombre reflexivo y pensador descubrirá en él, a primera vista, el sello de sencillez y rudeza, si se quiere, que tan honradamente impreso aparece en todos los pueblos primitivos²³.

Otro de los aspectos determinantes de la nueva sensibilidad aludida es la percepción del paisaje. A partir del Romanticismo, el paisaje deja de ser un mero decorado, el fondo de las pinturas profanas y religiosas, o un mero soporte de la actividad agraria y se convierte en espejo del alma, un espejo en el que el hombre veía reflejadas sus ilusiones, sueños y temores. La nueva percepción de la naturaleza, propiciada por el desarrollo de las comunicaciones, conmueve el alma del viajero; y dentro del paisaje, la montaña cobra especial importancia, ya sea en la pintura que en la literatura romántica, no solo en su vertiente científica, como un mundo por descubrir que atrae el interés de los ilustrados, sino en su acepción filosófica y espiritual.

²⁰ Véase p. 78. [La cursiva es nuestra].

²¹ Véase p. 84.

²² Véase p. 92. [La cursiva es nuestra]

²³ Véase p. 95.



En *Los montañeses de León*, al describir la Babia, después de subrayar que sus valles no tienen nada que envidiar a los suizos en pintoresquismo, Gil añade:

Respírase allí templado y fresco ambiente, el aire limpio y sereno deja ver los objetos en toda la pureza de sus contornos y colores, y el silencio de los bosques, el leve rumor de las arboledas y de las cascadas, y la calma y la paz que allí se disfrutaban inclinan al alma a esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente a las sensaciones del instante²⁴.

A través de Albrecht Haller y Rousseau, la montaña, y los Alpes suizos en particular, se convirtieron en emblema positivo no solo desde el punto de vista paisajístico, sino también antropológico, como lugares donde pervivían los auténticos valores del pueblo europeo, no corrompidos por la civilización, con gentes espontáneamente felices y austeras, representantes de una “humanidad natural”, un universo alternativo al civil, un contramodelo no regresivo respecto a las libertades ciudadanas, que solo son comprensibles en un universo conflictual. Gil hace suyo este concepto y en *Los montañeses de León* alaba la sencillez de costumbres de los pastores:

Este país es esencialmente pastoral y no sabes cuánta gracia y cuánto hechizo se encuentra en la sencillez de sus costumbres, después de salir de entre los bruscos moradores de esa triste y desnuda Castilla²⁵.

Aún más explícitamente se revela su adhesión a esta doctrina rousseauiana en un pasaje de *Los maragatos* cuando, después de enumerar sus características termina diciendo:

[...] somos de la opinión que se perdonen a los maragatos estas veniales culpas en gracia de su proverbial honradez, de la lealtad y nunca desmentida franqueza de sus tratos y la autenticidad de sus costumbres, último resto de su espíritu social compacto y uniforme, que debió unir un día a casi todos los pueblos europeos²⁶.

²⁴ Véase p. 86.

²⁵ Véase p. 84

²⁶ Véase p. 82.



Además de su interés por las tradiciones, la lengua o las culturas locales, otro elemento romántico de los artículos de Gil es la idealización del pasado, particularmente el de la Edad Media, que observamos en sus principales obras y en los artículos que describen monumentos y museos, como en el de *San Marcos de León*, donde idealiza la época y la labor de las órdenes militares.

Por lo que concierne a la forma, los artículos costumbristas poseen una estructura expositivo-descriptiva e incluyen información muy variada, que abarca desde la topografía, comunicaciones, cultivos, industria, remembranzas históricas, folclore y tradiciones, pasando por observaciones sobre las viviendas, relaciones familiares, creencias populares y atavío, hasta los rasgos físicos y de carácter de las poblaciones autóctonas.

Destaca también en estos artículos la riqueza léxica y la incorporación de términos dialectales relacionados con las diferentes partes del vestido, los juegos, rituales, costumbres, diversiones, faenas del campo, oficios, jerarquías, etc., lo que revela el interés de Gil por preservar el habla autóctona de los lugares que visita. Con este mismo afán filológico transcribe algunos de los cantares o romances que va recogiendo. Pero, no obstante la riqueza de información que proporcionan, sus artículos no poseen carácter enciclopédico, sino que advertimos en ellos un tono crítico, ya que el autor deja traslucir al mismo tiempo sus ideas, sus valores sociales y su sensibilidad frente al paisaje y los cuadros que describe.

Humboldt, que en Berlín fue gran amigo y protector de Gil, comentaba en una carta dirigida a Goethe del 3 de enero de 1810:

A la naturaleza hay que sentirla; quien sólo ve y abstrae puede pasar una vida analizando plantas y animales, creyendo describir una naturaleza que, sin embargo, le será eternamente ajena.

Y el propio Gil escribe: “Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se beban de este gran manantial corren inminente peligro de salir a luz enfermizas y defectuosas”²⁷.

²⁷ *Revista teatral, en Semanario Pintoresco Español, 27-10-1839.*



Gil como romántico expresa sentimientos de admiración ante el paisaje y la sencillez de las costumbres de las poblaciones, pero en su mirada combina el sentimiento y la razón, a la manera de Schiller, y también percibe y lamenta el abandono de los monumentos, critica el retraso y la ignorancia, las condiciones miserables de vida, la falta de higiene, etc. Es precisamente la mirada escindida, la proyección de sus valores y sentimientos sobre el espacio que describe y el tono confidencial que adopta en determinados pasajes con el lector lo que confiere a estos artículos su valor de crónica auténtica y lo que hace que se continúen leyendo con agrado. Como este pasaje de *Los asturianos*, en el que estableciendo un parangón entre las tierras del Mediodía y del Norte, desvela los sentimientos que estas producen en su alma:

Fuerza es confesar que aquel [el Mediodía] es el país del entusiasmo y de la imaginación, pero en este [el Norte] el corazón se espacia y desenvuelve con más vigor, y a falta de maravillas y pompas vienen a asediarse un tropel de afectos vagos, dulces y melancólicos, que llenan de sentimientos hasta entonces ignorados sus más íntimos pliegues²⁸.

Iarocci en *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*²⁹ llama la atención sobre el hecho de que, en un momento que tradicionalmente se define por la retórica revolucionaria y grandilocuente de Espronceda y de Zorrilla, Gil exprese una visión tan contenida, acorde con su carácter, su educación y sus gustos, desarrollando una versión del romanticismo diversa de la de sus mentores, más en la línea del romanticismo europeo. De la misma opinión es Julio Peñate³⁰ para quien la mirada europea de Gil parece estar intensamente supeditada a sus lecturas previas, ya que las referencias son continuas, tanto en sus viajes peninsulares como en los extranjeros.

Entre dichas lecturas destacan las de Lord Byron –en particular las *Perigrinaciones de Childe Harold*–, con quien comparte el amor por la

²⁸ Véase p. 92.

²⁹ Iarocci, 1999, p. 18.

³⁰ Sobre las influencias de otros escritores en la obra de Gil y Carrasco, remitimos al estudio de Julio Peñate Rivero, *La biblioteca de viaje por Europa en dos autores españoles del siglo XX: Ramón de Mesonero Romanos y Enrique Gil y Carrasco*. V. en Bibliografía.



poesía, el gusto por la historia antigua, la pasión por las experiencias y relatos de viaje e incluso su interés por España, objeto del canto I del *Childe Harold*. Pero también hay referencias a otros poetas y filósofos románticos como Schiller, ya mencionado, y Southey, y también a clásicos como Shakespeare y Dante, sobre todo éste último, y a españoles como fray Luis de León. De estos escritores Gil alude a partes de sus obras o cita breves fragmentos de las mismas, aunque también menciona a muchos otros, como Ossian³¹, Petrarca, Quevedo, Luis Vives, Erasmo, Goethe o Hoffmann. En *Los montañeses de León* los pastores le recuerdan al Lambro del canto tercero del *Don Juan* de Lord Byron; en *Los Asturianos* la *danza prima* evoca en él las danzas en círculo cantadas por Homero³²; en *Los pasiegos*, hablando de las mujeres que se dedican al contrabando se pregunta lo que diría Hoffmann si las viera aparecer en una noche de invierno al borde de un precipicio “con sus capas blancas, silenciosas y ligeras como las hadas”; en *El segador* menciona a Schiller y a Shakespeare.

No obstante, para perfilar mejor y más cabalmente sus particularidades de estilo sin quitar importancia a las influencias literarias, ya sea a través de la lectura de autores europeos ya sea por los contactos con el círculo romántico de Madrid o mediante las obras de los clásicos y contemporáneos españoles, tal como revelan sus reseñas y los artículos dedicados a la crítica literaria³³, hay que considerar, además, la influencia que ejercieron en su pensamiento y gustos sus vivencias personales. Estas abarcan desde el ambiente que rodeaba a su familia, las relaciones de trabajo de su padre con los Marqueses de Villafranca y los señores de Arganza, las desavenencias y pleitos y los problemas económicos derivados, hasta la temprana muerte de su padre y sus

³¹ Sobre la influencia de Ossian en Gil y su época, véase en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO V. I, *Poesía*, 2014, p. 70.

³² La referencia a las danzas circulares descritas por Homero en la *Odisea* al hablar de la *danza prima*, así como su probable origen guerrero y algunas noticias sobre los altercados y peleas entre concejos al finalizar las danzas se encuentran ya en Agustín Durán (1832), *Romancero de romances caballerescos e históricos anteriores al siglo XVIII (Vol. I)*, Madrid, Imprenta de Don Ernesto Aguado, p. 41.

³³ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, véase IV, *Crítica literaria*, 2014, edición al cuidado de Miguel Varela y Noemí Sabugal.



íntimos amigos de Ponferrada, su enfermedad de tuberculosis y los sucesivos “exilios” de su tierra, primero como estudiante en Astorga y Valladolid, más tarde en Madrid, y finalmente en Berlín. Circunstancias y vivencias que imprimieron su carácter e influyeron en su obra reflejándose en el tono melancólico de sus poesías, en la mirada nostálgica que vuelca en el pasado, en el carácter esforzado, noble e infeliz de los protagonistas de sus novelas, así como en el interés y aprecio por la cultura, la historia, los monumentos y las costumbres y paisajes de su tierra natal berciana y en general por los pueblos del Norte de España. Un interés que se advierte predominantemente en los artículos de viajes y costumbres, tal como hemos visto, y que le lleva también con frecuencia a lamentar el estado de pobreza de estas poblaciones y la incuria y el olvido en que se hallan sus monumentos.

En *Los montañeses de León*, describe así la penuria de recursos de la población:

[...] los recursos agrícolas de estos pueblos se reducen a una escasa cosecha de maíz, de patatas, de centeno y de lino, insuficiente, como puedes conocer, a sus necesidades, por lo cual libran su subsistencia casi exclusivamente en la ganadería³⁴.

En *El segador* describe la situación que lleva a los gallegos a trabajar de temporeros en las siegas de Castilla o a emigrar a la ciudad para poder alimentar a su numerosa prole:

Por abril y mayo sale el segador de su casa y en agosto y septiembre da la vuelta, al paso que los demás gallegos que a otras preocupaciones se dedican, suelen salir por un tiempo indeterminado y sólo vuelven a su país con un capital hecho³⁵.

Y en el breve artículo sobre *El Palacio de los Guzmanes de León* comenta acerca del estado del edificio:

En el día está bastante abandonado, sirviendo para depósito de granos: suerte común de esta clase de fábricas en nuestro país, a donde los grandes señores tienen por costumbre habitar constantemente la corte, dejando sus antiguos torreones y

³⁴ Véase p. 84.

³⁵ Véase p. 118.



castillos feudales al pincel de los artistas o a los recuerdos de la historia³⁶.

La estética romántica, filtrada de los excesos gracias a las lecturas y a su labor de crítico de las obras de sus coetáneos nacionales y europeos, le permite expresar con libertad sus propios sentimientos y exaltar la nobleza y el valor en los que cree, ya sea a través de los protagonistas, en sus novelas, ya sea mediante las formas sencillas de vida “natural” de sus más humildes antepasados, en los artículos de costumbres, observando al mismo tiempo con juicio crítico la sociedad que le ha tocado vivir.

Espejo Saavedra pasa revista a los artículos de crítica literaria en los que el autor describe su estética romántica. En *Las poesías de don José de Espronceda* afirma:

Hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado a la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazón y templar la sequedad y aridez del espíritu³⁷.

Y al comentar la obra de Hartzbusch, *Doña Mencía*, defiende las pasiones que aparecen en las obras de la nueva escuela del romanticismo, criticadas por los moralistas, al tiempo que repudia la corrupción social de las mismas:

No son las pasiones a nuestros ojos otras tantas aberraciones de la humana naturaleza como a los de algunos ceñudos moralistas, sino los impulsos, los movimientos que Dios mismo ha depositado en nuestras almas, y que desenvolviéndose en un medio heterogéneo, como ha sido hasta el día el medio social, se corrompen o se apartan de su primitiva dirección.

Saavedra advierte en este pasaje la teoría social rousseauiana de dar a las pasiones un contexto social en el que se puede demostrar su utilidad y además reconoce que los cambios que han traído las revoluciones pueden ser objeto de análisis y de estudio.

³⁶ Véase p. 145.

³⁷ O. C., *Poesías de don José de Espronceda*, p. 491. En BGC, volumen IV, *Crítica literaria*.



Por último, refiriéndose a las comedias costumbristas, en la reseña a la obra de Bretón de los Herreros, *Un día de campo o el tutor y el amante*, Gil defiende la necesidad de juzgar estas piezas costumbristas según las metas estéticas que se proponen y no con el mismo baremo de las románticas, porque considera que son de la misma índole que las pinturas de costumbres:

Son, en nuestro entender, las comedias de costumbres hermanos mellizos de los cuadros que en la pintura de costumbres se apellidan también, y supuesta la identidad de su origen y condiciones esenciales, no estaría por demás medirlos con igual medida³⁸.

Gil, en efecto, acude también a menudo en sus descripciones paisajísticas y en sus “cuadros” a la obra de pintores, como Poussin, Salvatore Rosa y Goya, entre otros. Y Azorín subraya ese carácter pictórico al ver cierto paralelismo o «concordancia felicísima» con la obra de Carlos Haes³⁹. El tópico humanístico *ut pintura poesis*, al que alude implícitamente Gil en el pasaje anterior refiriéndose al género costumbrista, fue retomado en la literatura a través de autores franceses como Lafontaine, que en un verso de *Le tableau* (1674) afirmaba: “Les mots et les couleurs ne sont choses pareilles”.

A propósito de la relación entre cuadros de costumbres y pintura, conviene recordar que las revistas costumbristas y toda la prensa periódica de la época comienzan a usar el grabado en correspondencia temática con los textos narrativos y descriptivos, lo que hasta entonces era muy poco frecuente. En los años 1835 y 1836 las láminas ilustradas y los grabados intercalados en el texto, que ya eran corrientes en las revistas francesas e inglesas, empiezan a aparecer de manera sistemática en dos revistas españolas fundamentales de la época, *El Artista* y *El Semanario Pintoresco Español*⁴⁰. Ambas hicieron de la novedad gráfica uno de sus mayores reclamos publicitarios. El primero usando la

³⁸ Gil, *Un día de campo o el tutor y el amante*, 1839, en *Obras completas*, p. 437.

³⁹ Azorín, *El paisaje de España visto por los españoles*, Austral, 1952, p. 20.

⁴⁰ Sobre la importancia de la pintura en la literatura costumbrista, véase Romero Tobar (2010), *La lira de ébano. Escritos sobre el romanticismo español*, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 130-143.



litografía, que requería la edición de láminas independientes, y el segundo la xilografía, lo que le permitía intercalar las imágenes en el texto, técnica que acabaría dominando. A partir de entonces lo *pintoresco*, entendido como ‘lo que tiene relación con el mundo de la pintura’ invadió las publicaciones españolas. En estas se establecían conexiones de complementariedad entre el texto –ya fueran relatos o artículos costumbristas– y la ilustración que los acompañaba. La expresión *pictórica* se usa pues como clave de la pretensión costumbrista de reproducir la realidad mediante un lenguaje transparente, de copiar en el *cuadro de costumbres* lo que se ofrece por la observación directa a la percepción inmediata de los sentidos.

Pero para Gil las obras costumbristas, además de pintar la realidad, cumplían una función crítica importante, la de mostrar la misma sinceridad y deseo de ilustrar la vida sentimental que toda la literatura moderna de la época debía poseer, y al mismo tiempo estas debían tener cualidades particulares que reflejaran su finalidad de describir y criticar el entorno social:

Así que la verdad de las situaciones y de las fisonomías, el esmero y la corrección del dibujo, la naturalidad y concierto de la composición, la exactitud y vigor del colorido y el chiste y la franqueza de la ejecución son cualidades que se reclaman con hartu motivo⁴¹.

En resumen, la función del costumbrismo para Gil en parte no difiere de la que tenía en la literatura de la Ilustración, que era describir y criticar precisamente los aspectos de la realidad contemporánea que eran censurables, pero en Gil costumbrismo y romanticismo poseen un carácter complementario y al entrecruzarse en su literatura revelan aspectos inéditos dentro del entorno literario y social en el que él se movía y una visión crítica, y en ocasiones desengañada, del mundo contemporáneo.

⁴¹ *Ibidem*, 437.



3. Los artículos de costumbres y viajes de Gil y Carrasco

Como ha estudiado Salvador García Castañeda en su ensayo *Aldeanos en la corte: las gentes del norte de España vistas por los madrileños (siglos XVIII y XIX)*⁴² durante el periodo romántico las principales escuelas costumbristas fueron la madrileña, formada por Mesonero Romanos y sus seguidores, y la andaluza, cuyo representante fue Estébanez Calderón. En *Los españoles pintados por sí mismos* Andalucía está representada por 11 de los 16 tipos provinciales; las demás regiones apenas están representadas y algunas como Cataluña y Valencia no aparecen siquiera.

El Norte se consideraba casi inaccesible debido a las barreras naturales, pobre, bárbaro y sin nada que ofrecer económica y culturalmente. Para la mayoría era desconocido. Aunque durante los siglos XVIII y XIX España era uno de los países indispensables para los viajeros del *Grand Tour*, los itinerarios preferidos llevaban a Madrid y desde allí al Sur, y evitaban la zona Norte por su lejanía y escaso interés. El prejuicio no desapareció del todo con el paso del tiempo y tanto en el *Semanario Pintoresco* (1836-1857) como en *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844) y en otras colecciones de tipos representativos de profesiones y oficios, la mayoría de los que aparecen son de Madrid. Las demás regiones, con excepción de Andalucía, están representadas solo por sus hijos más humildes que se ganaban la vida trabajando en la capital. Será a partir de la segunda mitad y finales del XIX cuando Asturias, Galicia, Cantabria o Valencia se conviertan en protagonistas por obra de grandes autores como Clarín, Rosalía de Castro, Pereda o Blasco Ibáñez.

En *Los españoles pintados por sí mismos* aún se habla de las regiones del Norte como de tierras exóticas por su arcaísmo, rusticidad y lejanía, y la mayoría de los madrileños tan sólo conocía a los *mozos de cuerda*, *aguadores* y *cocheros* asturianos y gallegos, a los *maragatos arrieros* y a las *nodrizas* pasiegas de las montañas de Santander. Gente toda que, como

⁴² Véase Bibliografía.



escribe Ucelay, “están presentados desde un ángulo que linda en lo grotesco, como carentes de toda gracia y gallardía”⁴³ y su rusticidad y su ignorancia reflejan, para los madrileños, el atraso de sus respectivas regiones.

Muchos escritores de costumbres contemporáneos de Gil adoptaron una perspectiva humorística y paternalista acerca de los tipos que describían. Propios de este humorismo de mal gusto, tal como afirma Castañeda, fueron, además del uso de las “fisiologías”, tan populares en su tiempo⁴⁴, el de la clasificación zoológica. Esta última se adaptaba a la caracterización satírica de gente ignorante y primitiva, degradada por ellos a nivel infrahumano. Incluso Larra, que reconoce los defectos de los españoles (“aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros”⁴⁵), refiriéndose a su criado asturiano dice que era “aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre [...] y si los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado?”; la “moza gallega” que servía en casa del pretendido sobrino de Mesonero, con su “aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz”⁴⁶; y la nodriza “pasiega” ideal para Manuel Bretón de los Herreros tenía que haber “pacido las yerbas del Septentrión, o las del Oeste de la Península”⁴⁷. Lamentablemente se trata de algunos de los escritores que forjaban su prestigio a base de autoproclamarse como el órgano privilegiado de la visión en el conjunto del cuerpo social.

Enrique Gil y Antonio Neira de Mosquera, que colaboró también en el *Semanario* y en *Los españoles pintados por sí mismos* con sus artículos sobre Galicia, como afirma Castañeda, han sido tal vez los únicos

⁴³ Ucelay Da Cal, Margarita, *Los españoles pintados por sí mismos. Estudio de un género costumbrista*, México, 1951, p. 151. *Op. cit* en Castañeda, 2002.

⁴⁴ El neologismo ‘fisiología’ se aplica metafóricamente a cualquier análisis de afectos, sensaciones, conductas, etc. A partir del éxito de obras como *Physiologie du mariage* de Balzac, 1829, se extiende el término penetrando en toda la literatura europea del XIX.

⁴⁵ Larra, *Vuelva usted mañana, El Pobrecito Hablador*, 14 de enero de 1833.

⁴⁶ Mesonero Romanos, “El Romanticismo y los románticos”, p. 10 [en *Escenas matritenses*, 1842. Consultable en www.biblioteca.org.ar [26/06/2014].

⁴⁷ *La nodriza*, en *Los españoles pintados por sí mismos*, tomo I, pp. 33-36.

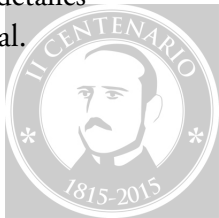


costumbristas de la época avecindados en Madrid que han escrito con ecuanimidad en estas revistas acerca de las gentes del Norte de España, muchas de las cuales se ganaban la vida haciendo los trabajos más humildes por las calles de Madrid.

Gil y Carrasco, a diferencia de la mayoría de los autores del *Semanario* que describían ambientes urbanos, prefirió dirigir su mirada hacia el mundo rural y al trazar sus “cuadros” trata de ser objetivo, respetuoso y desapasionado, mostrando las condiciones de los ambientes que describe sin esconder los aspectos negativos, pero considerando estos como “vicios veniales” al compararlos con las cualidades y valores de las poblaciones, la sencillez de sus costumbres, la sobriedad y la dignidad de sus vidas.

Tal como hemos apuntado arriba, recogiendo el legado de Rousseau, para quien el papel pedagógico y formativo de la naturaleza era vital para la construcción de un nuevo hombre, más bondadoso y natural, Gil ve en la unión con el paisaje una nueva relación del hombre con su entorno, y la montaña, conservando todavía después de siglos las costumbres de vida más genuinas y sencillas, posee para él un carácter casi-sagrado. Escenas como la de la trashumancia le recuerdan los modos de vida de los nómadas del desierto relatados en la *Biblia*; otras, como *la danza prima*, las danzas de los guerreros en la *Odisea*.

Los sujetos que elige para sus artículos –personajes, regiones, monumentos– se centran sobre todo en el Noroeste peninsular (León, Asturias, Cantabria e indirectamente Galicia al hablar de los segadores), si bien se advierte su predilección, como en el resto de su obra, por la propia tierra de León, sus gentes, sus monumentos y sus regiones. Los personajes de sus artículos publicados en *Los españoles pintados por sí mismos* –arrieros, pastores o segadores–, poseen un rasgo común: son individuos esforzados que han tenido que dejar sus casas, su familia y sus afectos para procurarse los medios de vida, ausentarse por largos periodos de tiempo y afrontar incomodidades y peligros antes de regresar a sus hogares y compartir con los suyos las magras ganancias de su trabajo. Y a los datos objetivos sobre historia, geografía, economía y folclore de las regiones a las que pertenecen, se unen los relatos de su peripecia y modos de vida, y en particular de sus oficios, con detalles que muestran el interés del autor, su pensamiento y su visión social.



En este volumen, tal como se ha dicho al inicio, aparecen los artículos agrupados en tres secciones. En la primera se recogen los cuatro artículos de costumbres publicados en 1839 en el *Semanario pintoresco español*, que siguen un itinerario progresivo y constituyen en sí mismos un libro de viajes: *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los asturianos* y *Los pasiegos*.

En la segunda, los tres artículos publicados en *Los españoles pintados por sí mismos*: *El pastor trashumante*, *El segador* y *El maragato*, ya que tratan los tres de profesiones y poseen una estructura similar, además de estar relacionados con los primeros.

Por último, en la tercera sección, se recogen los artículos que describen monumentos, museos o castillos: en primer lugar los relativos a la capital de León: *La Catedral de León*, *La Iglesia de San Isidoro y Panteón de los Reyes de León*, *El Palacio de los Guzmanes de León*, y *San Marcos de León*, y a continuación los dos que tratan de monumentos castellanos: *El castillo de Simancas y descripción del Archivo General del Reino* y *Una visita a El Escorial*. Procederemos pues por este orden el comentario de las tres secciones y los artículos comprendidos en ellas en este estudio introductorio.

3.1. Artículos costumbristas en *Semanario Pintoresco Español*

Si es cierto lo que afirma el autor en *Los montañeses de León*, el itinerario que siguió en su viaje y probablemente en la composición de los artículos, difiere ligeramente del orden en que aparecieron publicados en el *Semanario*, ya que Gil parte de León capital, pasando por la Maragatería para dirigirse a continuación al Bierzo, luego a la Montaña, prosiguiendo por Asturias para desde allí ir a Galicia, como él mismo explica:

Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga y visitar sus antigüedades románicas y góticas. Con efecto he visto las asombrosas minas de Las Médulas [...] pero me estoy olvidando de las montañas de León y si por algo te escribo es justamente por hablarte de ellas. Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas, cruzar después el principado de



Asturias, embarcarme en Gijón para La Coruña y visitar el litoral de Galicia [...] ⁴⁸.

Ya en Asturias, un temporal le obliga a cambiar su plan de ruta original y en vez de ir a Galicia se dirige a Santander y de allí al Valle del Pas, como refiere en *Los Pasiegos*:

Salí, como te decía, de Gijón con dirección a La Coruña, pero tan mala cara nos puso el mar, que después de varios percances tuvimos que meternos en Santander, dándonos por muy dichosos con ello. Nuestro buque había sufrido averías de consistencia, y como no salía entonces ningún otro para La Coruña, cansado de Santander, me entró la fiebre del Judío Errante, y heme aquí en la capital del Valle del Pas ⁴⁹.

Por ello nos ha parecido conveniente atenernos al orden de este itinerario para la transcripción de los artículos y el comentario, pues de ese modo el lector podrá percibir mejor las relaciones y referencias cruzadas entre los distintos artículos, como si fuera el relato de un único viaje.

Los maragatos

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 8, pp. 57-60a, el 24 de febrero de 1839.

Como preámbulo, comienza el autor refiriéndose al desconocimiento que existe acerca de la genealogía y origen de este pueblo que, no obstante el desarrollo de la civilización, sigue conservando los hábitos, creencias y organización social de sus antepasados. Después de trazar brevemente los rasgos de su paisaje y orografía, comenta la etimología del término *maragato*, de la cual “inciertos andan los juicios y divididas las opiniones” ⁵⁰, ya que unos lo atribuyen a *Mauregato*, usurpador de la corona de León; mientras que otros opinan que es la región la que dio el nombre al personaje, y no al contrario. Luego el discurso afronta lo que constituye el verdadero propósito del artículo, la descripción del ritual que el pueblo maragato desarrolla en torno a la celebración de sus bodas

⁴⁸ Véase p. 84

⁴⁹ Véase p. 99

⁵⁰ Véase p.78



desde antiguo: los prolegómenos, los regalos que se intercambian los novios y la celebración propiamente dicha, que dura tres días: la víspera de la boda, el día de la boda y la *tornaboda*.

Si bien elogia las virtudes de este grupo social, tal como señalamos más arriba, no deja de advertir también defectos, como el carácter áspero y desabrido y la falta de comodidades en que viven, a pesar de los caudales que han ido acumulando con su trabajo de arrieros:

Este pueblo que en mil cosas trae a la imaginación del poeta la tienda de los patriarcas o la cabaña del salvaje americano, a los ojos del viajero imparcial nunca aparecerá con tan deliciosas tintas. Su fisonomía peca de áspera y desabrida, las comodidades son escasísimas y están en notable desproporción con los considerables capitales que sus hijos a fuerza de laboriosidad han logrado adquirir [...] ⁵¹.

Como afirma Espejo Saavedra, es un pasaje que enfrenta su gusto romántico por lo exótico con el criterio más burgués que se está imponiendo al mismo tiempo en la sociedad, que calcula la distancia que hay entre el estilo de vida de los maragatos y sus posibilidades según los ingresos que tienen. De una parte el poeta nostálgico y de otra el burgués moderno, acostumbrado a medir y comparar formas de vida desde una perspectiva más cosmopolita, se mantienen en tensión en la voz del narrador, que inclina más la balanza, de todos modos, hacia el prisma del primero, considerando los valores de los maragatos, tal como hemos subrayado más arriba.

Desde el punto de vista lingüístico destaca, como en todos sus artículos, la riqueza de léxico, el cuidado por transcribir las palabras locales, como si estuviera recogiendo un patrimonio que es necesario salvaguardar. Gil anota todos los términos relacionados con las bodas maragatas, así como los regalos que se intercambian los novios (*donas, sayuelos, agolletas, vincos, fajero, mangas, almilla*, etc.); los nombres que reciben en el lugar los amigos solteros del novio y de la novia, los *mozos y las mozas del caldo*; los dulces que reparten los padrinos para recoger dinero entre los invitados, *el bollo del padrino y el bollo de la boda*; los músicos que animan la fiesta, *la comparsa de los zamarrones*; y las

⁵¹ Véase p. 82



distintas prendas de los trajes de los novios: *faja, rodado, mandil, facha, dengue, frisa*, del vestido de las mujeres; y *coletó, almilla, chaleco, bragas, calzones, cinto con canana, zapatos con botón*, del de los hombres.



Los montañeses de León

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 15, pp. 113-115, del 14 de abril de 1839,

Adopta la forma de una carta dirigida a un amigo, de quien no revela el nombre, tal vez porque se trata solo de un recurso estilístico. Se dirige a él con el apelativo afectuoso “mi querido A...”⁵², y le proporciona noticias detalladas del viaje. Le da cuenta, en primer lugar, del itinerario que está siguiendo desde León hasta Babia y del futuro recorrido que piensa hacer por Asturias y Galicia, aunque sabemos que a esta última no llegará, como explica en el artículo siguiente, *Los asturianos*.

Continúa informando brevemente sobre la economía de la región, basada principalmente en la agricultura y el pastoreo de las ovejas merinas, y expone sucintamente en qué consiste la trashumancia, para referirse luego a los festejos que se celebran al regreso de los rebaños en mayo después de haber transcurrido los meses de invierno en Extremadura.

La escena del reencuentro de hombres y animales con su tierra la describe como un cuadro festivo de extraordinaria vivacidad y encanto:

Las mujeres, los niños y los viejos salían a recibir a los ausentes,
los perros acariciaban a sus amos, balaban las ovejas al mirar los

⁵² Utiliza este mismo recurso también en su poesía *A A...* (*Sentimientos Perdidos*). Puede ser un modo de soslayar la mención de un nombre o bien de dejar abierta la posibilidad de aludir a más de uno. A propósito de esto, véase BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. I, *Poesía*, 2014, p. 59.



sabrosos pastos de los montes, relinchaban las yeguas al reconocer las praderas nativas y los abrazos y las preguntas que por todas partes se cruzaban y el abandono y la efusión de todo este cuadro tenían para mí un indecible atractivo⁵³.

Pasa luego a hablar de las características topográficas de Babia y añade algunas remembranzas históricas, citando a personajes ilustres como los condes de Luna, el comendador Saldaña y Bernardo del Carpio.

En la última parte, resume las costumbres que son comunes a todos los concejos de la zona: la Omaña, Laciana y el Sil, destacando el carácter apacible y la hospitalidad y obsequio con que acogen al forastero. Luego describe la vida en las *brañas* o cabañas de pastores, adonde suben en verano las montañesas para cuidar del ganado, exaltando la armonía y la paz que se disfruta allí arriba, definiéndolo como un estado de goce que lleva al hombre a abandonarse y olvidarse de sí mismo:

La calma y la paz que allí se disfrutaban inclinan al hombre a esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente a las sensaciones del instante⁵⁴.

El pasaje de Gil describe un estado de abandono y placidez que se ha transmitido a lo largo de los siglos referido a la Babia, con diferentes matices. Mateo Díez, autor leonés, en su artículo *Frescor y leyendas en los valles leoneses*⁵⁵ rememora este pasaje de Gil y Carrasco que observa extasiado a los pastores imaginándose los dichosos tiempos de Jacob y Labán, y describe el sentido “realista” de la expresión “estar en Babia” aunque la interpretación más extendida sea otra referida a las ausencias de la corte de los Reyes de León⁵⁶:

⁵³ Véase p. 85.

⁵⁴ Véase p. 86.

⁵⁵ *El País*, 27 de agosto de 2005.

⁵⁶ En la Edad Media, los reyes de León escogieron este lugar para ir de caza y reposar, lo que les permitía alejarse de las tareas cotidianas de la corte. Según la tradición, esto originó el dicho “estar en Babia”, ya que cuando en la corte alguien reclamaba al Rey los ministros le contestaban “El Rey está en Babia”.



El mito pastoril de Babia forma parte de su existencia: la tierra remota que los babianos pastores abandonan con la trashumancia, el lugar de sus hogares y familias que contribuye a la ensoñación de su pérdida transitoria. “Estaban en Babia” los pastores ensimismados a los que corroía la añoranza, y ese estar que podría explicar la frase hecha tiene un sentido muy realista.

Julio Llamazares en el prólogo de su libro de relatos *En Babia* alude también al doble significado de la expresión “estar en Babia”, definiéndolo como un estado ideal de distanciamiento que permite contemplar la realidad con una actitud más cognoscitiva y crítica:

Aunque a los reyes leoneses no me une más que el simple origen geográfico y a los pastores babianos la pasión por los perros y las montañas, siempre he pensado que el estado ideal de todo hombre es el de Babia. Alejado del mundo es como el hombre puede contemplarlo sin que sus brillos y sus destellos interfieran y equivoquen su mirada [...] ⁵⁷.

A continuación, Gil habla en su artículo de romerías, juegos y otras diversiones de verano y de las costumbres de invierno, cuando se quedan solo las mujeres, los niños y ancianos y se reúnen por las noches junto al fuego, en el *filandón*, a contar historias y cuentos mientras hilan o hacen otras labores. Sus cantares los compara “en dulzura y abandono” con los *Lieder* alemanes y las baladas irlandesas, reproduciendo las letras de algunos de ellos.

Por último describe con todo detalle los trajes típicos y también se refiere a la fisonomía racial de los babianos, de los que ensalza su belleza y exquisitas proporciones. Para cerrar hace una valoración global de la región, de sus casas, las comidas, las costumbres y el ingenio de sus habitantes, subrayando la honda impresión que le producen:

Finalmente, te aseguro que es el país que ha grabado hondas impresiones en mi imaginación y cuya memoria se me presentará siempre llena de encantos de sus suelos y de la hospitalidad de sus habitantes.

⁵⁷ Julio Llamazares, *En Babia*, 1991, p. 10. Sobre los orígenes de la expresión “estar en Babia”, véase José Luis García Arias, *Estar en Babia, estar en las Batuecas*, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, núm. 95, 1978, págs. 571-575.



La exaltación de la vida de los pastores de montaña, como emblema positivo desde el punto de vista antropológico, entronca, como hemos comentado arriba, con la corriente iniciada en la primera mitad del XVIII por científicos naturalistas europeos como Albrecht Haller y Horace Bénédict de Saussure que serán los primeros en acuñar el concepto de “humanidad natural”⁵⁸, con el que se alude a los miembros de una colectividad social que resisten en un ambiente adverso y en armonía con el entorno sin que ningún agente externo haya alterado su modo de ser originario. Las poblaciones de la montaña, como núcleo no corrompido por la civilización, ni por los humos y lujos de la ciudad, espontáneamente austero y feliz, será el representante de un modo de vida del hombre en armonía con la naturaleza.

La montaña aparece, pues, como lugar que permite acercarse a una forma de vida natural que elude todo tipo de constricciones y favorece una moralidad espontánea y no contrapuesta a la razón. Se trata de un mito, naturalmente, pero racional e ilustrado. La fascinación por la montaña reside precisamente en la aceptación de los contrastes y dificultades con los que se encuentra el individuo como fuente de un posible estilo de vida al mismo tiempo libre y conforme a las reglas de la naturaleza. Y es precisamente este rasgo el que la vuelve tan fascinante para autores románticos como Gil y Carrasco, entre otros.



⁵⁸ El concepto de “humanidad natural” surge en el XVIII a partir del viaje a los Alpes suizos de autores como Albrecht Haller, *Die Alpen*, y Horace Bénédict de Saussure, *Voyages dans les Alpes* (1779-1796).



Los asturianos

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 19, pp. 145-147, el 12 de mayo de 1839.

También en este artículo el autor leonés recurre al género epistolar y se dirige al amigo ...A, de este modo establece una continuidad con los dos anteriores, lo que más evidente todavía por las comparaciones que hace entre el país asturiano y el de la montaña leonesa que acaba de dejar.

Gil divide el territorio geográficamente entre montaña, llanura y litoral, y va describiendo las características de cada uno de ellos: de la montaña dice que es muy similar a la leonesa, sea geográficamente que en la vegetación, la forma de vida, las costumbres e incluso los trajes, así como en los cultivos. En comparación con ella, la llanura es más fértil y el clima más benigno y entre los productos destaca las manzanas de la que se obtiene la sidra. La costa la define como un lugar “delicioso y pintoresco” donde la variedad de los cultivos es abundante y hay más riqueza y comercio que en el resto del país.

Aunque como poeta romántico elogia la antigua sencillez de la zona de montaña, no deja de advertir su declive, mientras que resalta el progreso y civilización que distingue a la costa gracias a la mayor facilidad de las comunicaciones. En este artículo se manifiesta la doble visión ideológica de Gil, de una parte los gustos románticos le inclinan a idealizar la vida pastoril; de otra, la mentalidad burguesa propia de los tiempos y del desarrollo industrial que está transformando la sociedad decimonónica, le hacen considerar, de manera práctica, el porvenir de desarrollo de la costa gracias a la mejora de las comunicaciones y el comercio, frente al declive de la montaña.

No obstante, su naturaleza propende a inclinarse ante el encanto de la vida sencilla, por ello, al hablar de las costumbres del país, que califica de “sencillas, apacibles y risueñas”, como las de todas las tierras montuosas donde ha prevalecido la vida pastoril, establece un parangón entre la vida y el carácter de los pueblos del Norte y los del Mediodía, para concluir confesando que las sensaciones que le provoca la vida en las zonas montañosas del Norte son para él más gratas y apacibles, aunque no sean tan turbulentas ni vivaces como las del Sur, tal como subrayamos más arriba.



Pasa luego a tratar de las costumbres. Una de las que llaman su atención es la de la *esfoyaza*, una labor que consiste en despojar a las mazorcas de las hojas externas, dejando solo las tres del centro para luego trenzarlas y ponerlas a secar en los hórreos en manojos. Es una labor colectiva en la que participan familiares, vecinos y amigos, que acaba convirtiéndose en una fiesta, ya que termina con una comida y baile. A la comida de ese día la llaman *garulla* y consiste en avellanas tostadas, nueces, castañas asadas, pan de maíz, sidra y peras asadas u otras frutas. Gil transcribe unos versos en bable que tratan de esta costumbre:

Era d'octubre la noche postrera
y acabóse temprano la esfoyaza:
había de ablanes una goxa entera,
peres del fornu y gachos de foyaza;
y atizaban el fuego con tarucos
fartos de reblincar los rapazucos.

Después enumera las festividades, las romerías, entre las que destaca la de la Virgen de Covadonga, que le brinda la ocasión de disertar sobre los orígenes de la Reconquista. También resalta la del santuario de Nuestra Señora de la Cueva y la festividad de los mártires de Valdecuna. Las diversiones más populares durante estas romerías son el baile, sobre todo la *danza prima*, el tiro de barra y el juego de bolos. De las costumbres de invierno dice que, como en la montaña de León, para los hombres son la caza y la fabricación de madreñas y para las mujeres el hilado durante las noches, al *filandón*, donde pasan el tiempo contando cuentos y consejas, muchas de las cuales están basadas en supersticiones, como la creencia en las *huestes*⁵⁹, procesiones de almas en pena, o en las *xanas*, divinidades “como mujercitas” que salen de las fuentes por las noches a lavar la ropa. Creaciones fantásticas que al autor le hacen recordar las sagas escandinavas.

Por último, describe el traje típico de hombres y mujeres con los términos específicos locales de las diversas prendas. Al final hace una

⁵⁹ Menéndez Pelayo (1880-81) la denomina *güestia* y Pérez de Ayala (1926) *huestia*, RAE, Banco de Datos CORDE [en línea] Consultado el 26/06/2014), equivalentes a la *Santa Compañía* en Galicia.



valoración global del viaje, manifestando su satisfacción por las cosas bellas y curiosas que ha visto en el país y trazando unas breves pinceladas acerca de los asturianos, a los que considera apacibles, hospitalarios y sencillos en sus costumbres y vivos e ingeniosos, “con sus puntas de malicioso y satírico” por lo que concierne a su carácter, añade con simpatía.

Los pasiegos

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 26, pp. 201-203, del 30 de junio de 1839.

El viaje a Cantabria posee la misma estructura epistolar que los tres precedentes, con los que forma una unidad que presenta todas las características narrativo-descriptivas de un libro de viajes y que finaliza en Cantabria, en el Valle del Pas.

En este último tramo comienza narrando un imprevisto: Gil se estaba dirigiendo en barco desde Gijón a La Coruña, cuando un temporal les obliga a desviarse a Santander. Decide así aprovechar la ocasión para visitar el Valle del Pas.

A pesar del desinterés inicial por este viaje, que no tenía previsto hacer, queda gratamente sorprendido de la originalidad de sus gentes y costumbres. Lo primero que llama su atención es que siendo un pueblo de pastores, no sean gentes pacíficas en absoluto, sino, al contrario, que sean aventureros, atrevidos y temerarios. Del paisaje dice que es áspero y quebrado en la montaña, pero con frondosos bosques y prados, sembrado de casas rústicas y con mucho ganado. Pero la vida doméstica, si bien sea sencilla y elemental, no es tranquila, porque las mujeres pasiegas, al igual que sus maridos, se dedican al contrabando. Gil las define “agudas como el pensamiento, frescas como flor de campo” y tan fuertes, valientes y arriesgadas como los hombres o más. “Lucrecias de navaja al cinto”, añadirá más adelante. La vida del contrabandista que ha de atravesar de noche los montes con su carga salvando los peligros, le lleva a admirar aún más el valor de las pasiegas.

En cuanto a los festejos y diversiones, trata en primer lugar de las romerías, que los pasiegos coronan bailando, emborrachándose y apaleándose sin compasión. “El vino sale caro, muy caro en este país y a los buenos de los pasiegos se les sube a la cabeza con facilidad y les da



un impulso guerrero que pasma”, comenta con ironía. También alude a la costumbre de que el forastero ha de convidar a beber a los mozos del pueblo⁶⁰. Desmiente luego la fama de la abundancia de *nodrizas* pasiegas en Madrid, puntualizando que las verdaderas “son pocas y casadas”, y que las otras, refiriéndose a las de la capital, son, por tanto, de tierras circunvecinas a Madrid y se hacen pasar por pasiegas por la fama de saludables y robustas que estas tienen.

De su fisonomía nos dice que son robustos, vigorosos, frescos y ágiles. Por último describe los trajes típicos con la terminología propia, y cierra el artículo anunciando que proseguirá el viaje al día siguiente, saliendo desde Santander hacia La Coruña. Pero no quedan testimonios de que haya realizado ese viaje a Galicia.

Como en los anteriores, en este artículo Gil expresa su aprecio por la montaña, pero aquí no es ya la naturaleza y la vida apacible de los anteriores relatos, el paisaje es agreste y peligroso y las costumbres belicosas, pero su romanticismo lo lleva a admirar “lo sublime” de ese paisaje junto con el valor de las pasiegas que desafían los precipicios y peñascos impracticables “con una sangre fría y destreza que erizan los cabellos” y su imaginación se desborda pensando en ellas recorriendo los montes de noche, bordeando derrumbaderos, cubiertas “con sus capas blancas como hadas”, haciéndole recordar los cuentos de Hoffmann, que conocía bien, por haberlos reseñado para *El Correo Nacional*⁶¹.



⁶⁰ Costumbre que aún se conserva en el día de hoy en muchos pueblos leoneses, conocida como “pagar el piso” (“pagar los pisos” en la zona de Benavente).

⁶¹ *El Correo Nacional*, núm. 424, 16 de abril de 1839.



3.2. Artículos de *Los españoles pintados por sí mismos*

La segunda etapa de la producción costumbrista de Gil y Carrasco se inicia en 1843, cuando se publican en *Los españoles pintados por sí mismos* sus artículos *El pastor trashumante*, *El segador* y *El maragato*, y también el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, que comparte muchas de las metas artísticas y sociales con los artículos de costumbres, y del que se ocupa monográficamente el volumen III de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

En estos artículos se aprecia el proceso de maduración artística a lo largo de cuatro años, sea por su estilo más depurado o porque en ellos el pintoresquismo costumbrista de sus primeros artículos da paso a un interés mayor por documentar otros aspectos relacionados con la profesión de los personajes que describe.

La observación de la realidad y el ideal de mostrar en la vida sencilla de algunos tipos de españoles valores y actitudes que se están perdiendo se combinan revelando a un autor que conoce las opciones estéticas de su momento y busca encontrar maneras de enfrentarse al mundo que lo rodea y llegar a un público de lectores curiosos e interesados. La estructura del relato, sea en *El pastor trashumante* que en *El segador*, y en parte en *El maragato*, es circular, igual que la de sus novelas, *El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo*, como advierte Espejo Saavedra:

Al aplicar la misma construcción en sus artículos de costumbres de 1843 y 1844, Gil y Carrasco muestra un deseo claro de utilizar la descripción costumbrista como punto de arranque para una meditación sobre el destino humano, una meditación paralela a la de sus textos narrativos de la misma época⁶².

Se trata de la concepción clásica del viaje circular que implica la escisión originaria que sucede cuando se quiebran los vínculos con el mundo conocido, se viaja y, al final, se regresa a casa para reencontrarse de nuevo con ese mundo deseado, pero con mayor autenticidad. En los tres relatos costumbristas esa partida, el alejamiento temporal, se hace

⁶² *Ibidem*, p. 301.



inevitable por la precariedad del medio que rodea a los sujetos que describe: es un viaje para adquirir los medios de subsistencia que reportarán al núcleo familiar y, por tanto, se trata de un viaje recurrente y nostálgico, siempre hacia casa.

El pastor trashumante

Los españoles pintados por sí mismos (tomo I, pp. 439-446, 1843).

En el primer artículo publicado por Gil en *Los españoles...*, hace una amplia descripción de la vida y del oficio de los pastores dedicados a la trashumancia, de entre los cuales erige como prototipo al pastor de la montaña leonesa. Como en *Los montañeses de León* se puede percibir desde el comienzo su deseo de ensalzar a esta figura como vestigio de una humanidad “natural” y “reliquia venerable” de la vida nómada de la Antigüedad, que considera además como algo propio de una cultura autóctona.

Facción es esta que no se distingue en el semblante de ninguna nación europea con tanto vigor como aquí, y por esto mismo, el pastor trashumante es uno de los destellos más vivos y originales que brotan de este suelo poético y pintoresco⁶³.

Pero, sobre todo, lo que le interesa en este otro artículo es trazar un perfil de la figura del pastor y de su trabajo que lo dignifique y resalte su importancia social, siendo entonces un asunto de cierta actualidad: pues hasta pocos años antes había existido la Mesta. Para comprender mejor la importancia de la trashumancia en la época que escribe Gil y Carrasco baste saber que tan solo en la provincia de León hay 2.320 kilómetros de cañadas, algunas ya definitivamente perdidas y otras abandonadas. La relación entre León y Extremadura fue siempre muy estrecha para los pastores que buscaban el alimento para sus reses entre las dehesas extremeñas en invierno, y los altos puertos del Norte en el estío.

La trashumancia comenzó a desarrollarse en España en 1273 y durante la Edad Media y con el paso del tiempo se añadieron privilegios reales a la Mesta, la Asociación de ganaderos de Castilla y León, junto

⁶³ Véase p. 107.



con una fiscalización especial para protegerla de los agricultores, lo que provocó numerosos pleitos, hasta que en el año 1836 fue abolida.

A pesar de los pronósticos que hace Gil acerca de su desaparición, a principios del siglo XX todavía las cabezas de ovinos que trashumaban desde Extremadura a la montaña leonesa para pasar los meses de verano en Extremadura eran unas 135.000; pero actualmente solo quedan unas 5.000 merinas, *condesas* e *hidalgas*, pastando en los puertos de Babia. Julio Llamazares, a distancia de siglos, en su artículo *El salvaje Oeste español* evoca aún la poesía de aquellos parajes, lamentando el abandono en el que yacen actualmente los antiguos caminos y cañadas:

[...] en el verano aún es posible admirar la bucólica estampa de los rebaños pastando en las praderías de los puertos de altura montañoses bajo las fabulosas peñas que dominan la comarca donde, según la leyenda, nació el caballo del Cid y donde continúan naciendo dos de los más bellos ríos de la Península: el Sil y el Luna⁶⁴.

De manera más detallada que en su artículo de 1839 y dando una importancia mayor a aspectos que podían interesar a una clase media burguesa de lectores, cada vez más numerosa e interesada por los detalles prácticos, Gil y Carrasco describe en *El pastor trashumante* los chozos de los pastores, las temporadas de trabajo, las jerarquías entre ellos, desde el *mayoral* y *sotamayoral* hasta el *rabadán*. No olvida ningún detalle, incluido el recuento del salario de cada miembro de la cuadrilla ganadera. La descripción de la ruta de los pastores es igualmente precisa e incluye los caminos más utilizados, el tiempo que se emplea en cada etapa del viaje y el tipo de regalos que los pastores llevan a sus familias al regreso.

En la descripción del carácter y las capacidades de los pastores que hace al final del artículo, al lado de su importancia como “reliquia” de las edades pasadas, el autor proporciona otros elementos que considera que podrían suscitar más admiración en un lector moderno, urbano y mercantil, interesado en el conocimiento positivo de la realidad:

⁶⁴ *El salvaje Oeste español. Territorio de leyenda, de Babia a Sierra Morena por las viejas rutas de la trashumancia. El País*, 5 de marzo de 2011.



Los pastores, al acabar su viaje, se dedican a aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las hierbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados, que cualquiera de ellos entretiene a una persona instruida hablándole de la fisonomía de las reses, que a sus ojos no es menos distinta que las de las personas, como vimos en la pradera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cría y en la calidad de la lana y de todo lo que atañe a su oficio⁶⁵.

Tal como dijimos arriba, la literatura tenía para el autor la doble función de explorar los sentimientos y de analizar la sociedad con todo lujo de detalles. En este artículo, más que en ningún otro, las dos funciones coexisten. Gil ensalza al pastor que encarna formas de vida y valores perdidos en el mundo moderno corrompido, como la honradez y la sencillez, pero al mismo tiempo exige respeto por él no solo por eso, sino también por sus conocimientos positivos y prácticos del “ramo de riqueza que maneja” y por su contribución a la economía nacional.

El segador



Los españoles pintados por sí mismos, tomo II, pp. 75-80 en 1844.

Gil va a dejar claro desde el principio el propósito social de su escrito, que es el de mostrar a los lectores burgueses la importancia de la figura

⁶⁵ Véase p. 116.



del segador en el engranaje social, ya que no por ser humilde resulta menos esencial para el funcionamiento económico del país: “Afortunadamente Galicia provee al resto de España de gente, que si no desempeñan altos cargos en la República, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo”⁶⁶.

Para retratar físicamente a los segadores recurre al tapiz de Goya que reproducimos, que sin duda Gil había visto en su visita a El Escorial (1841) y del cual dice que es “una viva copia de la escena que ofrecen los segadores por conclusión de sus fatigas”⁶⁷.

La técnica de los escritores costumbristas de crear un cuadro o una descripción casi pictórica de las figuras que tratan en sus artículos se complementa aquí con una referencia artística a Goya, que sirve para dignificar al segador a la vez que subraya las metas comunes del arte costumbrista en literatura y en pintura, tal como ya vimos.

Como hace notar Espejo Saavedra, el autor en este texto, a diferencia de los otros, incluye también elementos narrativos: “Al final del artículo, el viaje en busca de trabajo se ha convertido en un poema épico cuya meta es llegar a casa sano y salvo sin haber perdido el poco dinero ganado en la siega”⁶⁸.

Si bien el segador continúa siendo retratado como representante de toda la clase, no como individuo, se convierte en protagonista de una aventura, lo que confiere al texto interés dramático y suscita la simpatía por el personaje. Ese dramatismo resulta sobre todo de la confrontación entre la figura humilde y pacífica del segador y la de los desalmados ladrones que encuentra en su camino, decididos a todo con tal de robarle su dinero. El tono se vuelve cómico por momentos, así, al referirse a los ladrones, utilizando una perífrasis, dice: “los aficionados a ver la cara del rey tienen ocasión de satisfacer sus inclinaciones”⁶⁹ y al narrar las precauciones que el segador toma para librarse a su vez de las asechanzas de los bandidos, ironiza: “El general más prudente y previsor no reconoce con más escrupulosidad el campo en que va a dar la batalla que el segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos”.

⁶⁶ Véase p. 118.

⁶⁷ Véase p. 120.

⁶⁸ Espejo Saavedra, *Op. cit.*, pp. 302-303.

⁶⁹ Véase p. 121.



El segador, en efecto, para que no le roben, esconde el dinero, nos dice Gil, en los bolsillos, en los zapatos, en los forros del sombrero y hasta en las hormillas de los botones, porque, bromea el autor: “el segador gallego es muy aficionado a la numismática”.

Sin embargo, a diferencia de otros artículos que escriben sus colegas a menudo en *Los españoles pintados por sí mismos*, Gil no emplea el humor para mofarse de los personajes que describe; bien al contrario, la narración del viaje de ida y vuelta del segador y los riesgos que corre, hacen que el lector tome partido y se involucre más en la aventura del protagonista: “Por fin, atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca a su desenlace llega a cobrar más interés”. Gil ennoblece y eleva a este humilde y pacífico sujeto a un plano universal como representante de una categoría que lucha por mantener vigentes unas formas de vida y unos valores perdidos.

No solo ensalza al segador sino que reivindica su importancia y al mismo tiempo la importancia de Galicia como país de donde provienen tantos trabajadores que ejercen sus oficios en Madrid:

De [Galicia] salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algún tercio sobre sus anchos y fornidos lomos; de allí gran parte de los criados de almacén que se emplean en los comercios; de allí porción no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra, y de allí finalmente una nube de trajineros y un enjambre de segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan a coronarse con los dorados dones del verano⁷⁰.

Respecto a este pasaje Espejo Saavedra comenta que “la utilidad económica que atribuye a los segadores demuestra también claramente la importancia de carácter social que daba Gil y Carrasco al costumbrismo como género literario”. En efecto, desde el principio el artículo posee este carácter muy marcado, como vemos en este otro párrafo:

⁷⁰ Véase p. 118.



La siega es el beneficio tal vez más positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea a la comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre país ajeno y lo poco que a costa de su ímprobo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y a la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades⁷¹.

Hay que subrayar, por último, que el interés por el personaje, junto con la simpatía y conmiseración que siente por él, proceden además del conocimiento directo del sujeto que describe. Los segadores aún hasta hace poco tiempo pasaban cada año por el Bierzo de camino a Castilla, y al regreso, en el mercado de Ponferrada y en la misma plaza del Ayuntamiento donde se encontraba la vivienda familiar de Gil y Carrasco, compraban los artículos que llevaban de regalo a sus casas. Por ello este texto posee una riqueza de particulares sobre el carácter del segador y un acercamiento al personaje que lo hacen particular y diferente de los demás, y en él la denuncia de las malas costumbres, en este caso el bandolerismo, es más fuerte.

El maragato

Los españoles pintados por sí mismos, tomo II, pp. 225-230, en febrero de 1844.

Si bien es un tema tratado ya anteriormente, el artículo que aquí aparece, excepto en un pequeño párrafo, difiere del anterior. Aquel se centraba en las costumbres y particularmente en las bodas, mientras que en este destaca la figura del maragato por su oficio de arriero.

En el siglo XVIII y buena parte del XIX los viajes por España resultaban muy aventurados. Había una red de carreteras que conectaba Madrid con Bayona, Sevilla, Cádiz, Zaragoza, Barcelona y Valencia, pero el resto de las zonas quedaban aisladas, especialmente las del Norte, que eran conocidas como “las lejanas provincias”. La inestabilidad política, el bandidaje, unos medios de locomoción incómodos y lentos, los malos caminos y unas ventas aún peores hacían lamentarse a Mesonero Romanos en 1841 de que España estaba “aún poco más o

⁷¹ Véase p. 118.



menos en el mismo grado de incomunicación que en el pasado siglo” [1925, p. 46]. Los maragatos eran los que hacían todo el tráfico entre Galicia y las dos Castillas, e incluso en ocasiones llegaban a las provincias del Mediodía o Levante.

Richard Ford (1830-1833) en su ensayo *Cosas de España. El país de lo imprevisto*, en el capítulo 7 dedicado a los maragatos, afirmaba:

Son tan nómadas y errantes como los beduinos, sin más diferencia que llevan mulas en vez de camellos; su honradez y laboriosidad son proverbiales. Son gente formal, seria, poco expresiva, positivista y muy comerciante. Cobran caro, pero su honradez compensa este defecto, pues puede confiárseles oro molido.

La importancia de esta figura para garantizar la comunicación entre el Noroeste y el centro de España es puesta de relieve por Gil desde el inicio de su artículo, al igual que en los precedentes:

El Maragato representa el movimiento y la comunicación del rincón más occidental de la monarquía con la capital, desde una época difícil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias a la Providencia por la creación de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarían desunidos, no bastando a ligarlos las galeras que andan este largo camino⁷².

La conexión que hace Gil entre el modo costumbrista y el análisis del progreso de la sociedad, se ve reflejada también aquí, tal como hemos podido apreciar en los otros textos suyos, e indica un aspecto muy importante de su carácter, a menudo borrada por la imagen tópica que teníamos de él como poeta romántico perdido en ensueños de amor y fantasías caballerescas. Queda patente en estos artículos su compromiso social y su ideología progresista.

En *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, donde combina el relato de viajes con el cuadro de costumbres, llama la atención una y otra vez sobre la relación estrecha que existe entre la apreciación estética e histórica del Bierzo y la búsqueda de maneras prácticas de ayudar en su modernización económica.

⁷² Véase p. 127.



La convivencia de estas dos perspectivas que se han estudiado aquí en los artículos costumbristas de Gil y Carrasco es una manifestación a otro nivel de lo que Iarocci ha llamado “la tensión fundamental que caracteriza el ‘yo’ lírico giliano, que es el encontrarse a caballo entre el mundo sublime que intuye y la realidad material que lo rodea”⁷³. Como hemos visto arriba, ese ‘mundo sublime’, que evoca cuando habla de los distintos tipos sociales que forman la base de sus artículos de costumbres, es la expresión de una búsqueda constante de valores que el autor asocia de manera idealizante con su propia experiencia biográfica e histórica. Los ‘patriarcas’ y ‘nómadas’ en los que convierte a los pastores, los segadores y los habitantes de las varias zonas que estudia son su manera de encontrar una base moral sólida mediante una tradición a partir de la idealización rousseauiana y romántica de la vida sencilla del campo. Pero por otro lado, su propia concepción de la época en la que vivía y de las opciones y obligaciones estéticas de un escritor moderno le indica la necesidad artística y social de utilizar el cuadro de costumbres para analizar la sociedad y para sugerir comportamientos y caminos de progreso hacia el futuro.

La tensión entre las dos tendencias que algunos autores ven en su obra como una lucha constante con las exigencias de su arte y con las circunstancias de su momento histórico, no es tal. Como hemos podido ver Gil tiene clara su posición frente a la estética y frente a la sociedad. Desde el comienzo de *El pastor trashumante* intenta transformar el pastor en un símbolo al subrayar la antigüedad de su forma de vida: “Ninguna reliquia más venerable queda en nuestra España de la vida nómada, que la trashumación periódica de los rebaños merinos”, pero deja bien clara su importancia para la sociedad, dignificando su figura y el oficio que desempeña por su aportación a la economía y por sus cualidades y saberes profesionales.

Una lectura superficial de los dos artículos relativos al pastor trashumante o al maragato daría la impresión de que vuelve Gil a los mismos temas e incluso a las mismas imágenes que en sus artículos de 1839, como cuando describe a los pastores: “Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia a otra,

⁷³ Iarocci, 1999, p. 49.



recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas o las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura”⁷⁴.

La comparación de los pastores españoles con los nómadas del desierto parece un ejemplo más del exotismo orientalista tan popular entre los románticos y que en muchos casos sirve para cubrir la realidad con un velo estetizante. Sin embargo, en este caso, como en *El maragato* y en *El segador*, el elemento nuevo, y clave, es la función social que desempeñan estos tres personajes, la importancia de su trabajo. No solo se reivindica su forma de vida y sus costumbres, sino también su aportación a la economía. Casi podríamos decir que es una forma de reivindicación frente a la desconsideración con la que son tratados por muchos de los autores costumbristas y románticos de la época, como hemos dicho más arriba.

Por otra parte, en cuanto a su estructura, a diferencia de sus artículos de 1839, aquí el tema de los textos es la descripción de una profesión que supone un viaje de ida y vuelta. *El pastor trashumante* y *El segador* poseen una estructura circular que los acerca a los experimentos narrativos que el autor estaba intentando llevar a cabo en la novela durante la misma época. El hecho de que las dos historias, el relato de un año en la vida de un pastor y el viaje anual de un segador en busca de trabajo fuera de su provincia, se desarrollen según este esquema sugiere un acto consciente de selección por parte del autor. Más aún, el tercer artículo trata también de otro trabajo, el del arriero, que supone asimismo un viaje de ida y vuelta. Se podría decir que el tema de la vuelta a casa después de un largo y fatigoso viaje subyace en la mayoría de la producción literaria de Gil y sirve para dar unidad a su obra y como marco donde se encuadra su interés por la historia, la religión, las costumbres y el arte.

La estructura circular le ayuda a transformar el tiempo histórico en tiempo legendario, un tiempo narrativo fijo y distanciado capaz de servir de símbolo de una intuición sentimental de la tragedia de la vida, fundamental a la visión estética del autor.

Al aplicar la misma estructura narrativa a la construcción de sus artículos de costumbres de 1843 y 1844, Gil muestra un deseo claro de

⁷⁴ *El pastor trashumante*, véase p. 112.



utilizar la descripción costumbrista como punta de arranque para una meditación sobre el destino humano, una meditación paralela a la de sus textos puramente narrativos de la misma época. Al mismo tiempo, esta estructura narrativa aporta mayor flexibilidad e interés a los dos artículos, dedicados a narrar un viaje en vez de a la descripción estática de un oficio. El constante ir y venir del pastor y la pervivencia de sus costumbres a lo largo de los siglos le dan al autor una imagen viva del sufrimiento universal del ser humano y de los valores necesarios desde su punto de vista para enfrentarse a él:

Su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenada a sufrir le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fe y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye a la gente campesina y al mismo tiempo de aquella fuerza de acción y movible energía que caracteriza a las tribus nómadas⁷⁵.

Sin intentar indagar en la realidad psicológica de los pastores que describe, utiliza su forma de vida como representación estética de un ideal social de sencillez y honradez que constituyen para él precisamente “los escombros de un mundo derrumbado con que tiene que construir el suyo” a los que se refería en su artículo de crítica literaria *Pablo el marino*⁷⁶.

3.3. Artículos sobre monumentos en *España pintoresca*

Estos artículos han sido los menos estudiados de su obra, tal vez por su carácter poco literario y más informativo. Los cinco primeros fueron publicados en el *Semanario Pintoresco Español* en la sección *España pintoresca*, entre febrero y septiembre de 1839, alternándose con los artículos de costumbres, y poseen un interés centrado en lo local. Los primeros cuatro constituyen una guía detallada de los principales monumentos de la ciudad de León: la catedral, San Isidoro, San Marcos y el palacio de los Guzmanes, y en el quinto se hace una descripción exhaustiva del Archivo de Simancas, situado en la provincia limítrofe de

⁷⁵ *El pastor trashumante*, véase p. 107

⁷⁶ *Obras completas*, p. 454.



Valladolid, perteneciente al Reino de León. El sexto, que es una descripción pormenorizada del monasterio de El Escorial, fue publicado en *El Pensamiento* en septiembre de 1941, dos años más tarde que los anteriores, por lo que el estilo y el tono cambian con respecto a aquellos, siendo en su última parte de un tono más reivindicativo, lamentando el abandono del monumento por parte de las instituciones.

Hay que decir que no obstante su carácter más informativo, como afirma Gullón, todos los artículos sobre monumentos nacionales de Gil y Carrasco unen lo sentimental, lo estético y lo político:

Cuando al transcurrir los años, nuevas paredes henchidas de historia amenacen derrumbarse, el alma del poeta vibrará por el dolor de la muerte que a todo alcanza: a los seres inanimados como a los hombres, y cantará su angustia por la destrucción de lo en apariencia más firme y asentado⁷⁷.

Más adelante, la misma mezcla de motivos animará la publicación de *Historia de los templos de España* (1857) de Bécquer.

La Catedral de León

Semanario Pintoresco Español, 2 serie, núm. 6, pp. 41-42, el 10 febrero de 1839.

Encabezan el artículo dos versos latinos que aluden a la antigüedad y belleza de la obra y que se encuentran grabados en la torrecilla del atrio del templo que mira a Occidente:

Sint quamris Hispaniis ditissima pulchraque templa
Hoc tamen egregiis omnibus ante prius⁷⁸

Para el artículo sobre la catedral de León, Gil se documenta consultando las obras más autorizadas de la época. En primer lugar, tal como él mismo declara, se sirvió de una *Historia de la Iglesia de León* que el obispo Francisco Trujillo escribió a finales del siglo XVI y que fue transcrita en el siglo XVIII por el canónigo archivero Carlos Espinos del Pi (1712-1777). La segunda obra consultada fue la *Historia de las Grandezas de León* de Fray Atanasio de Lobera (1596). Por último se

⁷⁷ Gullón, *Cisne sin lago*, p. 36.

⁷⁸ “Aun cuando los españoles tengan riquísimos y hermosísimos templos, este, sin embargo, es de entre los más egregios el primero” [la traducción es nuestra].



sirvió también de *La Crónica General de España* de Fray Ambrosio de Morales y Florián de Ocampo (1791) que disienten respecto a los datos que proporcionan los dos primeros por lo que atañe a la fundación de la catedral por parte de Ordoño II (s. IX-X), ya que según Morales fue el obispo D. Manrique de Lara quien mandó erigir el edificio en el siglo XII, tesis que acoge Gil y Carrasco.

Empieza el artículo poniendo de relieve la pesadez y oscuridad que caracterizaban a los edificios inspirados en el estilo arquitectónico gótico-germánico que penetró en la Península, para ensalzar a continuación, por contraste, la belleza, la ligereza y luminosidad de la catedral de León:

Considerándola por su magnitud casi todas las catedrales de España la exceden, pero no hay en España alguna que la iguale en elegancia, gentileza, claridad y bella proporción. Es toda enteramente de sillería, y de tan extraordinaria delicadeza, que admira como se mantiene en pie tan íntegra y firme, y como no la arrebatara el viento⁷⁹.

En primer lugar narra la historia de su fundación partiendo del siglo X, cuando el rey Ordoño II estableció en León su corte y convirtió en templo unas antiguas termas romanas, y luego en el siglo XII, cuando el obispo Manrique mandó erigir la actual fábrica. Pasa luego a describir su estructura arquitectónica y las distintas fases de su construcción, siguiendo en ello a Lobera y proporcionando todo tipo de detalles y deteniéndose particularmente en las vidrieras. Termina el artículo con la construcción de la segunda torre en el siglo XV y principios del XVI, atribuida a Juan de Badajoz que en 1513 tenía el título de arquitecto de la iglesia de León.

⁷⁹ Véase p. 138.



San Isidoro y Panteón de los Reyes



Semanario Pintoresco Español, 2 serie, núm. 11, pp. 81-82a, el 17 de marzo de 1839.

Es un texto breve que comienza dando noticia de los hechos históricos en torno a su fundación que se remonta al reinado de Alfonso V, en el siglo XI, que dedicó una iglesia en el lugar a San Juan Bautista, siendo luego su hija Doña Sancha y su esposo D. Fernando los que erigieron otra dedicada a San Isidoro y a la que trajeron el cuerpo del santo desde Sevilla, en torno al año 1063.

Pasa luego a describir el interior de la iglesia y el Panteón, una capilla dedicada a Santa Catalina, donde están depositados más de cuarenta y ocho cuerpos de personas reales “en sepulcros sencillos y sin ninguna suntuosidad, unos encima de otros y con esculturas de grosera labor”, comenta Gil, que refiere también que, según los investigadores, los cadáveres más antiguos son los que corresponden a Don Alfonso IV *el Monje* y a su esposa Doña Urraca, dando luego la lista de los otros reyes allí sepultados.

Destaca a continuación las pinturas del interior y las esculturas, así como las reliquias. También pone de relieve su librería, donde se encuentran códices y manuscritos rarísimos. Refiere, por último, la rara costumbre que hay en esta iglesia, y que algunos estudiosos atribuyen a un concilio concluido en Lugo contra los arrianos, de tener el Santísimo expuesto día y noche, costumbre que se dice que se observa en esta iglesia de San Isidoro desde sus orígenes, en el siglo VII, cuando todavía estaba bajo la advocación de San Juan, ya que los moros, cuando tomaron León, la costumbre.



El Palacio de los Guzmanes de León



Semanario Pintoresco Español, 2 serie, n. 17, p. 136, el 28 de abril de 1839.

En este brevísimo artículo, más bien una anotación, Gil destaca la belleza de la fábrica del palacio y lo define como uno de las más notables de la ciudad de León. Fue mandado edificar por D. Juan de Guzmán, obispo de Calahorra, en 1560, y pertenece al marquesado de Toral.

El autor confiesa luego que, pese a las investigaciones que ha hecho, no ha logrado tener noticia de su arquitecto ni de las circunstancias de su historia, si bien por su estilo y la época se podría deducir que fue de algún discípulo de la escuela de Herrera, como Luis de Vega o Mora.

Alude, por último, a su estado de abandono y al uso inapropiado que se le da como depósito de granos “suerte común de esta clase de fábricas en nuestro país debido a que sus dueños los dejan abandonados para irse a vivir a la corte”, dice con tono crítico⁸⁰. Esta denuncia del estado actual de abandono del palacio es, en nuestra opinión, lo que justifica el artículo, ya que por el resto casi no aporta datos de interés.

San Marcos de León

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, n. 23, pp. 177-179, el 9 de junio de 1839.

Si bien el artículo, como se esperaría de su título, debería tener como objetivo la descripción del edificio de San Marcos, en realidad este no es

⁸⁰ Véase p. 145.



sino el tema secundario, ya que en él Gil aprovecha para hablar de las órdenes militares en España y más específicamente de la Orden de los Caballeros de Santiago, a los cuales perteneció el espléndido edificio.

Gil exalta con pasión las empresas que durante siete siglos libraron contra los sarracenos los caballeros de las órdenes militares, y en especial los de Santiago, a quienes define como “bizarros y cristianos paladines cuyo corazón era el templo de cuantos sentimientos caballerescos, religiosos y patrióticos alumbraban aquellas tenebrosas y turbulentas edades”⁸¹. Así, el convento de San Marcos es para él principalmente “el emporio de grandeza y poderío de la esclarecida orden militar de Santiago”⁸².

Comienza la historia refiriendo la fundación de San Marcos como hospital en el Camino de Santiago en el siglo XII por los ricos-hombres de León y el papel de los Caballeros de Santiago para vigilar el Camino y proteger de los peligros a los peregrinos; las posteriores desavenencias con los reyes de León y el traslado a Castilla, a Uclés, bajo la protección de Alfonso IX de Castilla, de la sede principal de la Orden; por último, el regreso de nuevo a León a ruegos de los nobles leoneses, y el alcance de su fama y prestigio a lo largo de los siglos XIII al XV.

Como ilustración del poderío de la orden en estos siglos, Gil describe en detalle el desarrollo de los capítulos, los encuentros anuales de los miembros, durante los cuales se decidían los asuntos de mayor interés para la nación. De estos capítulos nos proporciona todos los pormenores: la llegada de los capitulares al lugar señalado; las reuniones en capítulo del maestre, el rey y los priores de Uclés y San Marcos con los demás comendadores, caballeros y freiles; el protocolo de celebración con la distribución y colocación de los capitulares por orden jerárquico y de antigüedad; los diversos hábitos que vestían y las funciones que desempeñaban. Pasa luego a describir el ritual de la celebración y la distribución del trabajo que llevaban a cabo durante los tres días que duraba el encuentro, dando de ello todo lujo de detalles: oraciones, ceremonias religiosas, lecturas, discursos, votos, elecciones, revisión de libros, enmiendas, resoluciones, y nombramientos.

⁸¹ Véase p. 147

⁸² Véase p. 147.



En la segunda parte del artículo describe el edificio de San Marcos, la actual fábrica que data de los tiempos de Fernando el Católico, quien ordenó la reedificación en 1514 sobre el anterior edificio que se había deteriorado con el tiempo. Nos da detalles del estilo, de las fases de su construcción, siguiendo en ello la *carta* de Ponz publicada en el tomo IX de su *Viaje*⁸³. Describe el interior de la iglesia y la sacristía, resaltando en la primera la sillería del coro, que se remonta a 1543 y fue restaurada en 1723, y en la segunda la factura de Juan de Badajoz, arquitecto que trabajó también en la catedral de León hacia el año 1573.

Las obras de San Marcos prosiguieron en 1615, luego en 1671, para terminar definitivamente en 1718. De los tesoros más notables que encierra el convento sobresale la *Biblia regia* o *Polígota de Amberes* de Arias Montano, que fue canónigo del convento.

Para terminar Gil refiere el episodio de la encarcelación de Quevedo en San Marcos en la época del reinado de Felipe IV, durante la administración del Conde-Duque de Olivares (1621-43). Cierra el artículo con una reflexión sobre la importancia de la obra por su factura y por los episodios que ha protagonizado desde la Edad Media y durante el Renacimiento con el esplendor de la Ordenes Militares y el desarrollo de las artes y las ciencias.

El Castillo de Simancas y descripción del Archivo General del Reino

Semanario Pintoresco Español, 2 serie, n. 38, págs. 298-301, el 22 de septiembre de 1839.

Comienza el autor tratando de la etimología del nombre de Simancas que dicen que se remonta al siglo VIII, a la época del “Tributo de las cien doncellas” que, según la leyenda, el rey Mauregato de León debía entregar cada año al emir de Córdoba, Abderramán I. Siete de ellas, que permanecían encerradas en el castillo de la villa a la espera de ser entregadas, se mutilaron una mano para defender su honestidad y

⁸³ Antonio Ponz Piquer, *Viage de España, o Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse, que hay en ella*, 17 volúmenes en forma epistolar que empezaron a imprimirse en 1772-94 en el taller de Joaquín Ibarra. En el tomo IX trata de León y Valladolid, entre otras ciudades.



librarse así de aquel tormento⁸⁴. Se cuenta que desde este suceso la población pasó a llamarse en latín *Septimancae* y hoy Simancas. Las siete manos en campo de sangre aparecen en el escudo de la villa.

Prosigue refiriendo el papel de la villa en la historia y los hitos más memorables: la batalla de Simancas en el 934, en el reinado de Ramiro II; las luchas nobiliarias y turbulencias de la época de Enrique IV (1454-1474); y las guerras de las Comunidades (1520-1522) a comienzos del reinado de Carlos I.

De la villa destaca el castillo, del que traza la historia desde su origen, cuando pertenecía a los almirantes de Castilla, el paso a los Reyes Católicos que lo destinaron a prisión, y posteriormente a Carlos I, que lo mandó habilitar para su nueva función como Archivo General de la Corona de España, depositando en él los documentos antiguos que antes estaban diseminados en diversas sedes (Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca y otros centros de la monarquía); por último, a su hijo Felipe II que lo agrandó. La planta y el diseño del edificio son del arquitecto Juan de Herrera.

Gil refiere a continuación los cargos y responsabilidades de los que se ocupaban en la época de las diferentes secciones del archivo y de la organización, reglamentos y distribución del mismo. Va pasando después por cada una de las salas y describiendo con detalle los elementos arquitectónicos que las caracterizan y dando cuenta completa de los diversos tipos de documentos que se hallan custodiados en ellas. También lamenta los daños sufridos durante la invasión francesa de Napoleón y que muchos documentos fueran llevados a París por los franceses, de los cuales muchos no se han recuperado.

Para finalizar, señala que el Archivo se ha quedado pequeño y que ampliarlo resulta problemático, por lo que se ha de pensar en buscar otra solución. Resalta luego su importancia histórica y algunos de los episodios que allí tuvieron lugar, para terminar alabando la labor del archivero de la época, Tomás González, que en 1815 reparó los

⁸⁴ De las 100 doncellas, según las crónicas, cincuenta eran nobles y estaban destinadas al martirio y cincuenta plebeyas para los placeres de la carne. Vid. Carvallo, Luis Alfonso de, *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, (editado en el año 1695), Ayalga Ediciones, 1977, p. 204.



desórdenes y daños causados por la guerra de la Independencia. Se añade también un apéndice con las inscripciones y leyendas que hay en diversas partes del Archivo.

Una visita al Escorial

El Pensamiento, entrega 10, págs. 217-223, el 23 de septiembre de 1841.



85

Gil empieza expresando con emoción las causas que le han llevado a visitar El Escorial desde Madrid, donde se encuentra:

No era una vana recreación de los sentimientos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista a las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en el que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo⁸⁶.

Lamenta desde el principio el desamparo en el que se halla un monumento, emporio del arte del siglo XVI, “que puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano”⁸⁷, dice con admiración.

⁸⁵ El Escorial en obras (1576). Colección del Marqués de Salisbury. Hatfield House.

⁸⁶ Véase p. 167.

⁸⁷ Véase p. 168.



Alaba la elección del lugar para su emplazamiento en la Sierra de Guadarrama y la armonía del conjunto. Luego manifiesta que quiere comprobar personalmente si son ciertos algunos de los defectos que se le suelen achacar al edificio y que se refieren al efecto mezquino que dan a la fachada las columnas empotradas, las numerosas ventanas y la desnudez de adornos. Pero en su opinión ese aire grave y modesto está en sintonía con su función principal, que es la del recogimiento monacal y el carácter de su fundador, y aconseja a los visitantes que lo critican: “En vez del palacio de los poderosos Reyes de España vean el monasterio de San Jerónimo y seguro es que su opinión se modificará”

Alaba también el Patio de los Reyes y las demás riquezas arquitectónicas que encierra la fábrica, describiendo de cada una de ellas solo aquellos elementos que le han llamado más poderosamente su atención. Destaca la iglesia, que es el centro de todo el edificio, ya que conmemora el voto a San Lorenzo en el día de la victoria de la batalla de San Quintín y estaba destinada a ser el panteón de Carlos V. De ella destaca su grandeza y su “soberbia cúpula”.

Para hablar de la riqueza de los materiales y de la manufactura del edificio traza un cuadro descriptivo, imaginándose el trajín de las obras cuando se estaba construyendo. Así va enumerando los distintos materiales y elementos y su procedencia; también las pinturas y los ricos manuscritos de su biblioteca; alude luego a la obra de ingeniería, artesanía y jardinería que se llevó a cabo; por último, a las obras de arte que encierra el monasterio, como la sillería del coro de la iglesia o el crucifijo de Benvenuto Cellini que “sirve de digno remate a todas las grandezas”. Del claustro destaca los frescos de Peregrini, discípulo de Miguel Ángel, y de la gran biblioteca su finalidad como principal fuente de saber destinado a la educación. Felipe II quería convertir el monasterio en un seminario dedicado a la primera enseñanza y un colegio a la segunda. La llamada “Escolanía de San Lorenzo” ha durado hasta nuestros días y forma a niños cantores. La biblioteca contiene copias de todos los libros conocidos de la época de su fundación, no solo de las ciencias eclesiásticas, sino de todo tipo de conocimiento. A lo largo del tiempo se amplió con colecciones privadas, como la de Diego de Mendoza. Contiene también manuscritos de valor inestimable, griegos, hebreos, árabes, caldeos, etc. como el *Códice Aúreo* y el



Apocalipsis del apóstol San Juan, y globos, astrolabios, esferas, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos e incluso modelos de embarcaciones.

Pasa luego a hablar de la labor de Felipe II, de quien si bien reconoce su tiranía en los asuntos de fe y creencias, admira su determinación para encaminar el país al progreso intelectual y moral. Y como ejemplo de ello repasa las obras que encargó: en su reinado Arias Montano acometió la gigantesca tarea de la *Biblia políglota*, también se acometió la labor enciclopédica de autores como Juan de Mariana, entre otros. Después de los libros, alaba los frescos de la bóveda de la Biblioteca, de Peregrín, y los de las paredes, de Bartolomé Carducci. Para terminar, alude al gran fuego acaecido en tiempos de Carlos II, que destruyó pinturas y parte de los manuscritos árabes y muchos instrumentos físicos y matemáticos.

A continuación describe las estancias del Palacio, deteniéndose en la alcoba de Felipe II y da algunos rasgos de carácter del soberano, como el estoicismo con el que soportaba el sufrimiento derivado de su enfermedad de gota, y nos cuenta detalles de su muerte que toma de la obra de Baltasar Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*⁸⁸.

La obra del monasterio no concluye con el reinado de Felipe II, sino que prosigue con los reyes que le sucedieron, y así a los anteriores se van añadiendo otros elementos decorativos, como los lienzos de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello y los frescos de Jordán.

Gil considera El Escorial como la obra más nacional de España y reclama más atención y cuidados para ella, apelando al Gobierno, al que se dirige al final del artículo, para que remedie el abandono en que se encuentra la fábrica:

Al hablar de este viaje, que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado a dar mi pobre opinión y desinteresado consejo al gobierno, opinión y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oído hablar de este asunto. Con él está ligada más íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneración de

⁸⁸ Porreño Baltasar (1942), *Dichos y hechos de Felipe II*, ed. Saeta. Madrid, 1942.



nuestro país, sería ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres [...]»⁸⁹.



⁸⁹ Véase p. 178.



4. Consideraciones finales

A lo largo de estos artículos observamos que Gil y Carrasco si bien rechaza lo que considera superficial en el mundo moderno, como el afán de las novedades en sí mismas, acoge con afán ilustrado los avances siempre que contribuyan al progreso y mejoren las condiciones de vida de las gentes. Así, en su artículo *Los asturianos*, al hablar de la costa, advierte que las comunicaciones y el desarrollo de la actividad comercial repercuten en la calidad del nivel de vida, frente al empobrecimiento de la economía agrícola y ganadera de la montaña, de la que denuncia su estado de decadencia y olvido, lo que le hace mostrarse pesimista acerca de su futuro. Y en la segunda serie de artículos, publicados en *Los españoles pintados por sí mismos*, se advierte su interés por subrayar que los pastores trashumantes, arrieros y segadores contribuyen con sus oficios a la economía nacional, además de ser representantes de unos valores primigenios que constituyen el acervo cultural de los pueblos europeos.

Su formación y su vocación periodística le llevan a adoptar una actitud social y estética comprometida que le exige ser objetivo y observar la realidad escrupulosamente con sus aspectos positivos y negativos. Esta postura es la del ilustrado reformista que denuncia carencias sociales intentando de ese modo mejorar las cosas, si bien su interés por el mundo en torno suyo esté impregnado, al mismo tiempo, de la nueva estética del romanticismo europeo, lo que le hace apreciar en la vida y las costumbres sencillas de los pastores de montaña “la humanidad natural”, la capacidad de resistencia en un ambiente adverso y en armonía con el entorno sin que ningún agente externo haya alterado su modo de ser originario, y por tanto, entroncando con la corriente roussoniana y separándose así en parte de la ideología social burguesa de su época que las considera formas de vida anticuadas y bárbaras, incluidos algunos de los autores costumbristas de la época.

El resultado de todo ello es una serie de textos que muestran la complejidad del momento histórico y la multiplicidad de intereses estéticos y sociales del autor: en primer lugar ensalza nobles ideales



caballerescos que se encarnan en la ficción en los protagonistas de sus novelas y en la realidad en las órdenes militares, como los templarios o los Caballeros de Santiago; en segundo lugar aprecia las tradiciones y valores ancestrales encarnados en las gentes sencillas, nobles y laboriosas como los pastores trashumantes de las montañas de Babia, los segadores gallegos y los arrieros maragatos; si bien reconozca que son formas de vida que se están extinguiendo como resultado de la tendencia al individualismo y al aislamiento de las poblaciones mismas. Por último, se esfuerza en dar a conocer los principales monumentos, personajes históricos y lugares de León y nacionales que muestran la grandeza de otros tiempos, denunciando el abandono en el que se hallan, para rescatarlos del olvido e intentar preservarlos.

En resumen, la necesidad de ver clara la realidad presente nunca le abandona durante este periodo, y en estos artículos, junto con el impulso hacia la idealización romántica de una realidad cargada de significado y valores positivos, sean modos de vida o monumentos, existe un claro deseo, casi una obligación, de pintar y describir la vida, los quehaceres y costumbres de aquellas personas más humildes de las poblaciones del Noroeste, así como el valor inestimable de sus tradiciones y oficios ancestrales, proyectando su personalidad sobre el paisaje y las gentes, revelando la patria de su corazón mientras describe el encanto de esos lugares olvidados o perdidos.

ÁLIDA ARES

Trento, 21 de junio de 2014



Bibliografía:

Ediciones anteriores

Semanario Pintoresco Español, 1839-1852.

Los españoles pintados por sí mismos, 1843-1844.

El Pensamiento, 1841.

Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco, coleccionadas por don Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II, pp. 252-318.

Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco, edición de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954, pp. 221-250.

Costumbres y Viajes, Prólogo de Rafael Benítez Claros, Publicaciones Españolas, Ed. Mediodía, Madrid, 1961.

Artículos de Viajes y de Costumbres, Prólogo de Ramón Alba, Miraguano Ediciones, Madrid, 1999,

Obras consultadas

BLANCO GARCÍA, FRANCISCO, *La literatura Española en el siglo XIX*, Madrid, Sáenz de Jubera Hnos., 1891-1894, 3 vols.; 2ª. ed. 1899-1904; 3ª. ed. 1909.

CALDERA, ERMANNO, “La vocacion costumbrista de los románticos”, en *Romanticismo* 6, 1996, pp. 45-52.

—, “La mimesis costumbrista”, en *Romance Quarterly*, n. 35, 1988, pp. 261-70.

—, “Primi manifesti del romanticismo spagnolo”, Pisa, Università di Pisa, 1962.

CLAVIJO Y FAJARDO, J. *El Pensador*, ed. por Don Joseph Álvarez y Valladares, I, Madrid, Ibarra, 1762.

CARRO CELADA, J. A., “Un viajero llamado Gil y Carrasco”, *Tierras de León*, Diputación Provincial de León, vol. 23, n. 50. Publicado en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. III, *Viaje a una provincia del interior*, 2014.

DÍAZ, JOAQUÍN (dir.), *Aleluyas: Actas del Simposio sobre aleluyas celebrado en julio de 2000 en Medina del Campo*, núm. 6 (1988), Urueña, Etnografía, 2002, pp. 57-77. Edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.



- DÍEZ, MATEO, “Frescor y leyendas en los valles leoneses”, *El País*, 27 de agosto de 2005.
- ESCOBAR ARRONIS, JOSÉ, “Costumbrismo: estado de la cuestión”, en *Romanticismo 6. El costumbrismo romántico*. Acti del VI Congresso (Napoli, 27-30 marzo 1996), Roma: Bulzoni, 1996, pp. 117-126.
- , “Literatura de ‘lo que pasa entre nosotros’. La modernidad del artículo de costumbrismo”, en *Sin fronteras. Homenaje a María Josefa Canellada*. Madrid, Editorial Complutense, 1994, pp. 193-206.
- , “Narración, descripción y mimesis en el ‘cuadro de costumbres’: Gómez de Avellaneda, G. y Mesonero Romanos” en *La narrativa romántica*. Acti del IV Congresso di Bordighera, 9-11 april, 1987, Génova, Università di Genova, 1988, pp. 53-60. ED. en Biblioteca Virtual Cervantes, Alicante, 2006.
- ESEJO SAAVEDRA, RAMÓN (2008), “El costumbrismo romántico de Enrique Gil y Carrasco”, en *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXV, 3, pp. 289-306. Ed. en Biblioteca Virtual Cervantes, Alicante, 2012.
- GARCÍA ARIAS, JOSÉ LUIS, “Estar en Babia, estar en las Batuecas”, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 1978.
- GARCÍA CASTAÑEDA, SALVADOR, *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*, Berkeley, University of California Press, 1971.
- GULLÓN, RICARDO, *Cisne sin lago. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, Madrid, Ínsula, 1951; 2ª. ed., 1989.
- IAROCCI, MICHAEL, *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna. En torno a la poesía y prosa de Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Newark, ed. Juan de la Cuesta, 1999.
- JUDERÍAS, JULIÁN, *La leyenda negra y la verdad histórica: contribución al estudio del concepto de España en Europa, de las causas de este concepto y de la tolerancia política y religiosa en los países civilizados*, Madrid, Revista de Archivos, 1914.
- LOMBA Y PEDRAJA, JOSÉ R., *Enrique Gil y Carrasco. Su vida y su obra literaria*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1915.
- LLAMAZARES, JULIO, “El salvaje Oeste español. Territorio de leyenda, de Babia a Sierra Morena por las viejas rutas de la trashumancia”. *El País*, 5 de marzo de 2011.
- , *En Babia*, Barcelona, Seix Barral, 1991
- PEERS, EDGAR A., “Minor English influence on Spanish Romanticism”, *Revue Hispanique*, 62, 1924, pp. 440-448.
- PEERS, EDGAR A., *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 1967, 2 vols.



- PEÑATE RIVERO, JULIO, “La biblioteca de viaje por Europa en dos autores españoles del siglo XIX: Ramón de Mesonero Romanos y Enrique Gil y Carrasco”, en E. Rubio Cremades, M. Sotelo Vázquez, V. Trueba Mira, B. Ripoll Sintés (coord.), *La literatura española del siglo XIX y las literaturas europeas*, Actas del V coloquio de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX Coloquio, Barcelona, 2008, pp. 391-402.
- PHILLIPS, PAMELA FAITH, “Desde el Bierzo hasta Berlin: el viaje europeo de Gil y Carrasco”, *Salina*, n. 21, pp. 101-110, 2007.
- PICOCHÉ, J.L., *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Madrid, Gredos, 1978.
- PICOCHÉ, J.L., *Un romantique espagnol: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Thèse présentée devant l’Université de Paris IV, 11 Mars 1972.
- PONZ PIQUER, ANTONIO, *Viaje de España, seguido de los dos tomos del Viaje fuera de España*, Madrid, Editorial Aguilar, 1947 [Reimpresión en 1988 y la segunda edición facsímil de los 20 volúmenes en Madrid por la editorial Atlas, en 1973].
- ROMERO TOBAR, LEONARDO, *La lira de ébano. Escritos sobre el Romanticismo español*, Málaga, Universidad de Málaga, 2010.
- , *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994, pp. 369-388.
- , “Mesonero Romanos: entre costumbrismo y novela”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 20, 1983, pp. 243-59.
- SAMUELS, DANIEL G., *Enrique Gil y Carrasco. A study in Spanish Romanticism*, Nueva York, Instituto de España, 1939.
- SEBOLD, RUSSELL P., *Trayectoria del Romanticismo español. Desde la Ilustración hasta Bécquer*, Barcelona, Crítica, 1983.
- UCELAY DA CAL, MARGARITA, *Los españoles pintados por sí mismos. Estudio de un género costumbrista*, México, El Colegio de México, 1951.
- VARELA, J. L., *Costumbrismo romántico*, Madrid, Magisterio Español, 1970.

